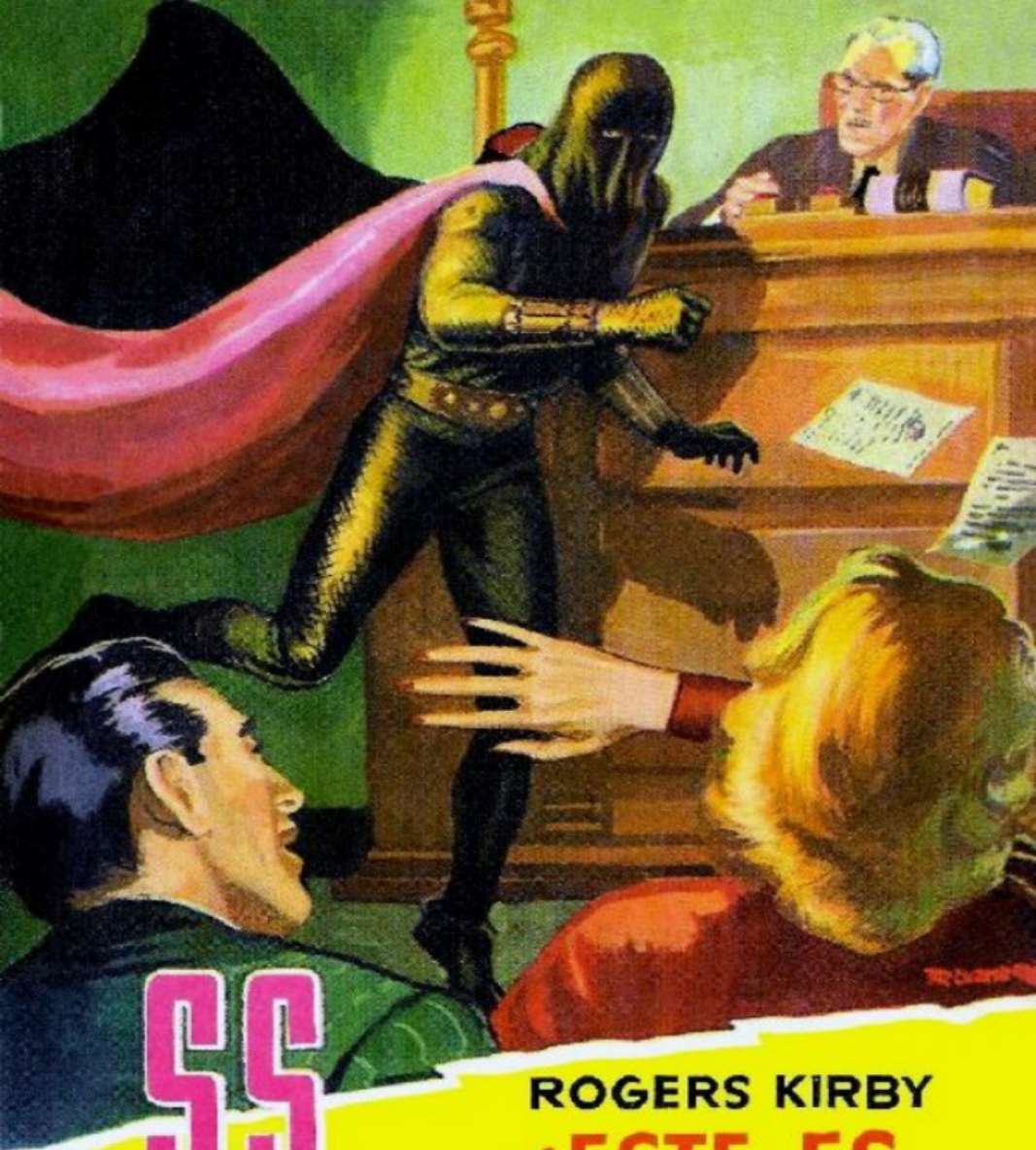




SS

**SERVICIO
SECRETO**

ROGERS KIRBY
**¡ESTE ES
EL CULPABLE!**

¡ESTE ES EL CULPABLE!

ROGERS KIRBY

1.^a EDICIÓN
MARZO —1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

- 232. — El Valle de la Muerte.
- 242. — El Mago del «Colt».
- 247. — La venganza de Will Tobey.
- 253. — La marca fatal.
- 256. — La mentira de Jarry Jensen.
- 271. — El terror de Oklahoma.
- 304. — La muerte busca a Vic Gordon.
- 368. — Colosos del Oregón.
- 384. — El diablo de Texas.
- 400. — El ocaso de una raza.
- 404. — El imperio de los Donovan.

En Colección BUFALO:

- 34. — La muerte deja instrucciones.
- 64. — Kit Gatillo.
- 105. — ¡Palabra de Rey!

En Colección SERVICIO SECRETO:

- 269. — Estiletes vengadores.

En Colección PANTERA:

- 49. — El brillante del Gran Lama.
- 57. — Pioneros en Wioming.

En Colección CONGO:

- 8. — El vencedor de la selva.
- 13. — La ruta de los Massai.

CLASIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

Printed in Spain

Reservados los derechos para la presente edición

—

Impreso en los talleres de

Editorial Bruguera, S. A. — Proyecto, 2 — Barcelona

¿ESTE ES EL CULPABLE!

ROGERS KIRBY



Capítulo Primero OTRA VEZ JUNTOS

Cuando a Hans Larmon le comunicaron que había heredado la casa que desde hacía tres meses habitaba en Córdoba de la Argentina, no se alegró tanto como con la carta que acababa de recibir.

—Escucha, Andrés —se dirigió al criado que le había entrado la correspondencia—. Esta tarde llega el hermano de mí prometida con su esposa. Prepáralo todo para recibirlos como se merecen. Yo me voy a hacer unos encargos y ya no regresaré hasta que venga con ellos. Conque di a Carlos que prepare el coche.

Minutos después, Larmon ordenaba a su chofer:

—A la estación, Carlos.

Arrancó el automóvil y poco después atravesaban la Plaza de Vélez Sarsfield, subieron a continuación por

Obispo Trejo y, finalmente, por Entre Ríos, salieron al Boulevard Guzmán. Poco más tarde entraban en la Estación Central.

Faltaban aún casi dos horas para que llegara el tren procedente de Santa Fe. Hans Larmon se apeó del coche y una vez en tierra se encaró con el conductor.

—No te muevas de aquí basta que yo vuelva, Carlos. Estaré de regreso antes de que llegue el tren.

Y se marchó.

Pero hora y media más tarde se encontraba ya en el andén. Durante todo aquel tiempo, mientras llevaba a cabo las diligencias que había tenido que hacer, su mente no había dejado de rememorar una y otra vez los acontecimientos de los últimos meses:

La boda de sus amigos, la inesperada herencia que le llevó a aquella tranquila ciudad y, por último, la noticia de que ellos venían a pasar unas cortas vacaciones en su compañía.

El pensamiento de que pronto los tendría a su lado transportaba de gozo

su corazón.

Hans Larmon echaba de menos las aventuras y peripecias que había pasado con sus amigos. Era amante de las emociones, y la inactividad no sentaba bien a su espíritu inquieto y aventurero.

Así transcurrió el tiempo hasta que de pronto, el agudo pitido de un tren rasgó el espacio, sacándole de sus pensamientos. Entonces corrió hacia la vía por la que el tren que esperaba debía entrar, llegando a ella justamente en el momento en que la potente locomotora hacía su aparición.

Minutos después los viajeros empezaban a descender. Larmon, brillantes los ojos de alegría, se lanzó hacia una de las puertas por donde un joven alto y moreno ayudaba a bajar a una hermosísima mujer.

—¡Javier, Olga! —llamó, mientras a empujones intentaba abrirse paso.

Al grito de Larmon, el joven moreno se volvió hacia él y, al reconocerle, le hizo una seña con la mano. Finalmente, Larmon consiguió acercarse a ellos.

—¡Cuánto ansiaba veros! —exclamó, abrazándoles alegremente.

—¿Qué tal, Hans? —indagó la mujer de Javier Flanagan—. Parece que te sienta bien esta tierra. Tienes mejor aspecto que cuando estabas en Nueva York.

—¡Bah! No bromeéis —respondió Larmon, riendo—. Echo mucho de menos aquel bullicio. Aquí todo es tranquilidad. Bueno, no os preocupéis del equipaje y seguidme.

Durante el camino hasta llegar a casa de Larmon, los tres amigos no cesaron de hacerse preguntas. Pero fue cuando ya estuvieron sentados alrededor de la mesa, cuando se contemplaron a sus anchas.

La luz de las lámparas que alumbraban el magnífico comedor aumentaba el contraste de la figura de Larmon con la de su amigo.

El primero era rubio, de ojos azules y tez blanca como la de una mujer. El cabello del segundo era negro y brillante, su piel morena y tostada, y los ojos, de un negro subido, tenían la propiedad de despedir reflejos metálicos.

Todo en Javier Flanagan denotaba energía y decisión, aunque nadie sabía hasta qué extremo. Por su parte, Hans Larmon, bajo su apariencia delicada y enfermiza, escondía, también, un espíritu enérgico y batallador.

En cuanto a Olga Draganovich, esposa de Javier, era una hermosísima mujer dotada de un alma noble y generosa. Nadie hubiera dicho al verla con aquel aspecto de damita mimada acostumbrada a todos los lujos y comodidades, que pudiera resistir el menor contratiempo o adversidad. Y, sin embargo, a pesar de sus diecinueve años de plétórica juventud, sólo los dos hombres que tenía a su lado sabían hasta dónde llegaba su animosidad, tesón y valentía.

—Y bien, amigo Larmon—dijo Javier de pronto—. Ya estamos otra vez juntos. ¿Te sorprendió el anuncio de nuestra llegada?

—Me llenó de alegría, que es muy distinto. Desde que esta mañana recibí vuestra carta, la vida en esta tranquila ciudad ha cambiado para mí. Ayer me parecía triste y aburrida. Hoy, en cambio, la encuentro alegre y animada.

—Gracias por el cumplido — respondió Olga, con una graciosa sonrisa que mostró la maravilla de su dentadura—. Pero creo que te quejas sin motivos, ¡Cuántos quisieran poder gozar de esta tranquilidad! ¿No crees que esto es mucho mejor que cuando luchábamos contra Smolenko?¹

—En cierto modo nada más, Olga. Aquella vida inquieta y llena de actividad es la que a mí me gusta.

Y a propósito. ¿Qué será de nuestro amigo Dongor? No he oído hablar más de él.

Una mirada que pasó inadvertida para Larmon se cruzó entre los dos esposos.

—¡Pero, Larmon! —exclamó Javier—. Apenas acabamos de llegar y ya sacas a relucir a Dongor. ¿Es que no le puedes dejar tranquilo? Hemos venido a descansar unos días a tu lado. No a discutir sobre tu ídolo. Dime: ¿Has preparado algún programa en nuestro honor?

—No me habéis dado tiempo. Tan sólo hace unas horas que recibí vuestra carta y... Esperad. Ahora recuerdo que mañana da una fiesta el General Carmona y estoy invitado. ¿Queréis venir conmigo o mando a decir que no puedo asistir?

—¡De ninguna manera! —exclamó Olga, palmoteando alegremente—. Si crees que podemos ir contigo te acompañaremos con mucho gusto.

—¡Estupendo! Entonces ése será el primer punto del programa. Iremos a esa fiesta y así conoceréis a nuestra mejor sociedad. No es como la de Nueva York. Pero todos son muy simpáticos.

Terminada la cena, el propio Larmon los acompañó hasta sus habitaciones.

Eran éstas dos espaciosos dormitorios amueblados al estilo español. Suntuosos muebles y gruesas alfombras adornaban las habitaciones. Una puerta que ahora aparecía abierta servía de comunicación entre ambas. Junto al cómodo lecho que en el centro de cada dormitorio se veía, alguien había dejado las maletas y bultos que constituían el equipaje de los viajeros.

—Aquí tenéis vuestras habitaciones—anunció Larmon, desde la puerta—. Si deseáis algo, no tenéis más que tirar del cordón que hay junto a la cama. Enseguida acudirá alguien. Mañana tendréis ya doncella y, ayuda de cámara. Pero por esta noche habréis de pasar sin ellos.

—No te preocupes por eso, Larmon — respondió Javier, palmoteando en la espalda de su amigo—. Sabes muy bien que no nos importa.

—Lo sé, Javier. Pero de todas formas hubiera preferido que ya se

encontraran aquí. La culpa de todo la tiene el correo. ¡Si vuestra carta hubiera llegado antes!

El matrimonio Flanagan entró en sus habitaciones no tardando en acostarse. Poco después dormían profundamente.

No se podían imaginar que durante algún tiempo ya no podrían hacerlo con aquella misma tranquilidad.

Capítulo II

LA APUESTA

Jamás en sus sesenta y cinco años de vida se había sentido el General Carmona tan feliz como aquella noche. La fiesta que daba para celebrar el cumpleaños de su hija Leonor se presentaba concurrida y animada, hasta el punto de que sus salones se encontraban abarrotados de invitados pertenecientes a la mejor sociedad de la población.

Aunque la causa de su alegría no era ésta precisamente. Lo que realmente le hacía sentirse feliz era otra cosa. Por fin iba a realizar el sueño de su vida: unir su casa con la de los Mendoza. Aquella noche se había hecho oficial la proclama de matrimonio entre su hija Leonor y Fernando de Mendoza y Olmedo, heredero de uno de los apellidos más ilustres y de la mayor fortuna de Córdoba.

Pero tampoco eran estas cualidades de su futuro yerno las que le hacían estar tan contento. Su satisfacción se debía exclusivamente a que Fernando de Mendoza y Olmedo era hijo de «ella».

Desde la galería donde se encontraba fumando un cigarrillo, miraba a los reunidos que, unos bailando a los acordes de la orquesta y otros distribuidos en grupos por los enormes salones, se divertían y animaban a los demás a compartir su alegría.

Por unos instantes quedóse pensativo. A su imaginación acudieron añejos recuerdos y antiguas ilusiones: ilusiones que nunca pudo realizar.

Se vio joven, apuesto, lleno de vida, con un nombre ilustre y un porvenir brillante. Por encima de todo, entre las volutas del humo de su cigarrillo, se le apareció un rostro de mujer: el rostro de Leonor Olmedo.

Ella fue la meta de sus ambiciones. Por la que luchó y esperó durante muchos años sin poder alcanzar su cariño. La veía, como si no hubieran transcurrido cuarenta años desde entonces, salir, feliz y dichosa, de la iglesia de Santa Teresa dando el brazo al hombre a quien había entregado su corazón.

Únicamente el tiempo, medicina de la vida, amortiguó el fuego de la pasión que sentía por ella, aunque no hasta el punto de que, aun después de muerta, quedara en su corazón un rescoldo escondido.

Por eso aquella noche se sentía tan feliz. Lo parecía y hasta se hacía la ilusión de que era ello su alma, la que encarnada en el cuerpo de su hijo, venía a buscarle, ofreciéndole, en la persona de su hija Leonor, la dicha a que él aspiró sin llegar a conseguirla.

Ensimismado en sus pensamientos no vio acercarse a un grupo de invitados hasta que estuvieron junto a él.

—General — llamó uno de ellos, adelantándose —. Perdónese si somos inoportunos, pero hemos querido aprovechar esta ocasión de verle solo para ofrecerle nuestros servicios. Conocemos las amenazas de ese Cobaleda y hemos decidido ponernos a su lado por si en algo podemos ayudarle.

—Les agradezco de veras la delicada atención, señores —se emocionó el general—. Sin embargo, no creo que haya necesidad de molestarles. Exageran la importancia de esas baladronadas de Cobaleda. Ese hombre sabe muy bien que aunque accediera a sus pretensiones, no soy yo precisamente el que le resolverá el asunto. Antes tendría que contar con mi hija y... bueno, todos ustedes conocen al que ella ha elegido.

Acompañado de aquel pequeño grupo de amigos, el general se encaminó hacia donde se encontraban los demás invitados. En aquel momento la orquesta terminaba de tocar un vals.

En un rincón del espacioso salón, cómodamente sentados, se hallaban nuestros amigos Javier Flanagan, su esposa y Hans Larmon. A su lado, con la felicidad retratada en sus semblantes, se veía a una joven pareja formada por una linda muchacha de esbelta figura y gracioso mirar y un gallardo mozo que la miraba embelesado.

El general entró en el salón y se acercó a ellos, después de despedirse de sus acompañantes.

—¡Papá! —exclamó la muchacha, saliéndole al encuentro—. ¿Dónde has estado que no te he visto? Llegué a temer que te hubiera ocurrido algo.

—Fui a ver cómo estaba el servicio — se excusó el general—. Me entretuve un poco y por eso he tardado. Pero dime: ¿estás contenta?

—¡Muchísimo, papá! ¿Crees que no tengo motivos para estarlo?

—Desde luego, hija mía. Y tú, Fernando, ¿estás contento también?

—Inmensamente, señor. Esta noche es la más feliz de mi vida.

—Entonces ya somos tres los que disfrutamos de esta dicha. ¡Que Dios os bendiga!

Sucedió un silencio a estas palabras. El anciano se había quedado pensativo mirando al espacio hasta que, dándose cuenta de ello, se apresuró a disculparse:

—Perdonad, hijos míos. No sé qué me pasa esta noche que me distraigo a cada momento—. Luego, dirigiéndose a nuestros amigos, añadió: —Les ruego que me perdonen, señores. Ya sé que les parecerá poco correcta la forma que tengo de atender a mis invitados, pero, como decía ahora a mis hijos, no sé qué me sucede esta noche que hasta me olvido de mis obligaciones como anfitrión. Se aburren ustedes, ¿verdad?

—En absoluto, General —respondió Javier—. Estamos pasando una velada agradabilísima. Una vez más le doy las gracias por habernos permitido asistir a su fiesta.

—El señor Larmon —habló en aquel momento Leonor Carmona,

dirigiéndose a su padre—, nos estaba contando algunas de las aventuras del extraño personaje que tanto dio que hablar la temporada pasada. Me refiero a Dongor, papá. Ese ser misterioso en cuya existencia nadie cree aquí en Córdoba, a excepción de la señora Fragueiro. Mira por dónde estamos hablando con los protagonistas de aquellos sucesos. Según el señor Larmon, nada de lo que los periódicos dijeron de él es exagerado.

—¡Maravilloso! —exclamó el general, alegremente sorprendido—. Confieso que yo mismo dudaba de la existencia de ese Dongor. Pero ahora que ustedes me convencen de ello...

Lanzó una mirada por el salón como si buscara a alguien y prosiguió:

—Permítanme un momento. Voy a tener el gusto de presentarles a la admiradora más ferviente de ese extraordinario personaje y, al mismo tiempo, al incrédulo mayor por lo que se refiere a las facultades que se le atribuyen.

Se apartó del grupo y a buen paso se dirigió al otro extremo del salón. Poco después volvía acompañado de una elegante dama y un caballero que no cesaba de reír.

Hechas las presentaciones de rigor, la dama fue la primera en hablar.

—Disculpen mi curiosidad, señores. Lo que me acaba de decir al general es tan extraordinario que no puedo contenerme por más tiempo. ¿De veras conocieron ustedes a Dongor? Supongo que se referirán ustedes al que solucionó el misterioso asesinato de aquel ruso... ¿Cómo se llamaba?

—Ivan Draganovich, señora —respondió Javier, muy serio—. Era el padre de mí esposa.

La mujer se le quedó mirando con la sorpresa retratada en su semblante. Luego, impulsivamente, olvidando todo lo que no fuera su curiosidad, exclamó:

—¡Maravilloso! ¡Increíble! En ese caso nadie mejor que ustedes pueden hablarme de él. Díganme, ¿es cierto lo que dicen de que no usa más armas que unos extraños cuchillos?

—Completamente cierto, señora —respondió Larmon—. Y que los maneja con tal maestría que es la mejor arma que podía haber elegido.

Javier y Olga se miraron preocupados. No podían sospechar que hasta en aquel apartado rincón existiera tanto interés por Dongor. Y fue precisamente Javier quien, queriendo quitar importancia al asunto, no consiguió otra cosa que aumentarla.

—Desde luego —dijo—, aunque Dongor siempre contará con nuestro agradecimiento, mi opinión particular es la de que no es tan extraordinario como dicen.

—Pues yo opino de distinta manera, señor Flanagan —respondió la señora Fragueiro—. No hay quien me quite de la cabeza que se trata de un hombre maravilloso. ¡Daría cualquier cosa por conocerle!

En aquel momento intervino el caballero que había venido acompañando a la dama y al general.

—Tengo entendido — empezó—, que nadie le ha visto el rostro. Pero si yo fuera él — añadió con un tono tan repleto de ironía que no pasó inadvertido a Javier—, cualquier noche me presentaría en su casa y le haría una visita, señora de Fragueiro. Así satisfaría su curiosidad. Y luego, a los que como yo, no creemos una palabra de esas extraordinarias facultades que se le atribuyen, iría también a verlos para dejarlos, con esos cuchillos que utiliza, clavados a una puerta.

El tono burlón con que fueron pronunciadas aquellas palabras indignó a Larmon hasta tal punto, que le costó gran trabajo contenerse.

—Si me permite un consejo, señor Campillo — se dirigió al que había hablado — procure que no llegue a oídos de Dongor eso que acaba de decir. De ocurrir así no me extrañaría nada que se presentara cualquier noche a darle ese gusto.

—¡Magnífico! —exclamó el aludido, con una risita que terminó por sulfurar a Larmon—. ¿Sabe que me ha dado una idea? Mañana mismo pondré un anuncio en todos los periódicos aceptando apuestas de todos los que crean en el poder maravilloso de ese Dongor. Será la mejor manera de que él se entere y venga a demostrarme lo contrario. ¿Alguno de ustedes quiere apostar en su favor?

—Yo mismo, señor Campillo —saltó Larmon. Y sacando un billete de su cartera añadió—: He aquí mil pesos. ¿Le parece bien que sea el general nuestro depositario?

Don Marcos Campillo se le quedó mirando durante unos segundos. Luego, dándose cuenta de que todos le miraban, respondió, alegremente:

—Acepto, señor Larmon. Aquí están los míos

Y de una lujosa cartera extrajo dos billetes de quinientos pesos que entregó al general el cual, después de tomarlos, declaró:

—Bueno, señores. Para broma ya está bien. Porque si va en serio, señor Campillo, le advierto que yo también apostaré contra usted.

—¡Estupendo, general! —replicó don Marcos—. Admito también su apuesta. ¿Cuánto tiempo quieren que les conceda?

—Habrá que contar con el tiempo que la prensa de aquí tarda en llegar al extranjero y el que Dongor necesita para hacer el viaje. ¿Le parece bien una semana?

—De acuerdo, señor Larmon. Pondremos una semana. Hoy estamos a 12, ¿no? Pues entonces, el día 20 por la mañana finaliza el plazo. ¿Está usted conforme, general?

—Conforme en todo. El día 20 por la mañana sabremos quién es el que ha perdido.

Poco después, durante el camino de regreso a casa de Larmon, Javier

Flanagan se encaró con su amigo para decirle:

—Bueno, Larmon. Ahora nos convenceremos de si tu admirado Dongor es tan extraordinario como tú te empeñas en hacer creer —y luego, como burlándose de la cara que ponía su amigo, añadió—: Dentro de una semana saldremos de dudas.

Capítulo III

NOCHE DE SORPRESAS

Los tres primeros días transcurrieron sin novedad. Pero al llegar el que hacía cuatro, ya de madrugada...

Olga se despertó sobresaltada. Incorporándose en su lecho encendió la lamparilla y miró la hora. Su diminuto reloj de pulsera marcaba las tres y media.

No acostumbraba a despertarse de noche y aquello la extrañó. Notaba algo raro que no podía definir pero que, sin embargo, la intranquilizaba. Se acordó entonces de la apuesta de Larmon en casa del general y un presentimiento invadió su corazón.

De un brinco se levantó de la cama y se puso un quimono. Luego, avanzando sin hacer ruido, se dirigió a la puerta que comunicaba con la habitación de su esposo y la abrió.

La lamparilla de la mesilla de noche estaba encendida. A la escasa luz que derramaba por la estancia Olga pudo ver, desde el umbral que no cruzó, la figura profundamente dormida del que se encontraba en el lecho.

Sin moverse de donde estaba, permaneció unos minutos contemplando al que dormía. Luego, convencida de que se había intranquilizado sin motivos, regresó a su cama y se acostó. Poco después reanudaba su sueño.

* * *

Mientras tanto, precisamente a la misma hora en que Olga se asomaba a la alcoba de su esposo, una oscura figura penetraba por una ventana en la residencia de don Marcos Campillo.

El hacendado dormía apaciblemente en su lecho cuando, sin saber por qué, abrió los ojos.

Parpadeó varias veces creyendo estar soñando, más de pronto lanzó una exclamación de increíble asombro.

A los pies de la cama aparecía una extraña figura de negro, que le contemplaba, con los brazos cruzados. El desconocido iba cubierto completamente por una malla ceñida. Un ancho cinturón metálico rodeaba su cintura y, cayéndole sobre los hombros, una capa también negra. La cara la llevaba oculta por una capucha que a modo de almófar permitía ver tan sólo unos ojos de mirar penetrante.

Pero lo más extraño de su indumentaria era sin duda el adorno de sus brazos. A la escasa luz del farol que por la ventana ahora abierta penetraba del exterior, las hojas de doce estiletes que cubrían sus antebrazos,

despedían plateados fulgores.

Iban sujetos por dos aros metálicos, uno por debajo del codo y otro en la muñeca.

Don Marcos Campillo no sentía miedo, pero tampoco estaba completamente tranquilo.

—Buenas noches, señor Campillo —oyó que le decía el desconocido, sin moverse de donde estaba—. Me he enterado de que deseaba verme y aquí estoy, ¡Soy Dongor!

Aquel nombre le hizo pegar un salto en la cama.

—¿Dongor?—exclamó el aturdido hacendado, abriendo extraordinariamente los ojos—. ¡Pero eso es imposible! ¿Cómo pudo usted saber que...?

—¿Que quería verme? —le interrumpió la extraña figura de negro—. Muy sencillo. Por los periódicos. Todos hablan de su apuesta y he venido a hacerle perder... ¡Levántese de la cama!

La última frase era una orden.

—¿Qué va a hacer conmigo? —indagó don Marcos, empezando a sentir miedo.

—Simplemente lo que usted mismo pidió. ¡Voy a clavarle en la puerta!

Las palabras del encapuchado acabaron con la poca serenidad que ya le quedaba a don Marcos.

—¡Perdón, señor Dongor! —clamó, arrebujándose entre las mantas—. ¡Por favor, no haga eso! Reconozco que he perdido la apuesta, pero...

—He dicho que se levante, señor Campillo —le interrumpió el desconocido, esta vez con cierta dureza en la voz—. Sólo pienso dejarle clavado en la puerta. Pero si se resiste le dejaré un recuerdo más.

Don Marcos no tuvo más remedio que obedecer. Levantándose del lecho quedó de pie en la alfombra.

—Cálcese y cúbrase con algo. No es preciso que se resfrié.

Maquinalmente don Marcos hizo lo que le ordenaban.

—Ahora acérquese a la puerta —continuó su misterioso visitante—. Bien. Abra los brazos y no terna. No le pasará nada malo.

Todavía no los había levantado del todo cuando percibió un agudo silbido que le hizo cerrar los ojos. Casi al mismo tiempo, llegó a sus oídos el característico ruido de algo que cortaba el aire y le pasaba rozando.

Por cuatro veces seguidas notó que le tiraban del albornoz que se había puesto al bajar de la cama hasta que al fin se hizo el silencio.

—No se mueva de ahí hasta que alguien le encuentre, señor Campillo — oyó que decía entonces la voz del desconocido—. Si lo hace volveré a clavarle de otra forma.

Sin esperar contestación, la figura de negro se dirigió hacia la ventana que estaba abierta...

Mientras Marcos Campillo permanecía clavado en la puerta de su dormitorio esperando que llegara el día que le devolvería la libertad, doña Mercedes Revol, viuda de Fragueiro, al igual que la totalidad de los habitantes de Córdoba, dormía tranquilamente sin sospechar la sorpresa que le aguardaba.

Aunque dormida, debió de notar algo raro que la despertó. Una ventana de la habitación aparecía abierta. Por ella entraba un airecillo que a la mujer no debió complacer, pues se levantó a cerrarla, no sin antes abrigarse con un riquísimo salto de cama que recogió de los pies del lecho.

Una vez que hubo cerrado se dispuso a meterse de nuevo en la cama. Pero de pronto, una voz qué oyó a su espalda la dejó paralizada de terror.

—Señora de Fragueiro —oyó que la llamaban.

Más muerta que viva, la asustada señora, se volvió hacia el sitio de dónde provenía la voz. Casi al mismo tiempo, una exclamación de asombro brotó de sus labios.

Ante ella, saludándola con una reverencia, aparecía una extraña figura de negro. De su persona sólo eran visibles los ojos que, a través de la capucha que le ocultaba la cabeza, la miraban fijamente. Alrededor de sus brazos, despidiendo destellos metálicos, relucían una serie de afilados cuchillos que la dejaron fascinada.

—¡Dongor! —exclamó la mujer, temblorosa la voz, pero rezumando alegría—. ¡Será posible! Porque usted es Dongor, ¿verdad?

—Para servirla, señora. Me he enterado de que usted tenía ganas de conocerme y, aunque reconozco que éstas no son horas de hacer visitas, no he podido resistir la tentación de complacerla.

La viuda de Fragueiro había recobrado ya toda la serenidad cuando, muy decidida, indagó de pronto:

—Todo esto es muy extraño, señor Dongor. ¿Cómo puedo saber que es usted realmente quien asegura?

—Perdón, señora. No había pensado que iba a visitar a una mujer, a las que es más difícil engañar que a los hombres. No obstante, como ya puede suponer —bromeó—, no puedo presentarle ninguna documentación que lo acredite.

—No lo crea, señor Dongor —respondió ella, valientemente—. Sin necesidad de ninguna documentación puede usted demostrarme que es quien asegura. Según he oído decir, con esos cuchillos que lleva en los brazos, es capaz de hacer cualquier cosa. ¿No es así?

—Eso dicen —repuso Dongor, divertido—. Pero no haga usted caso de lo que aseguren por ahí. Exageran. Por ejemplo, si quisiera comérmelos, no podría.

—Yo no le pediré tanto. Lo que sí le exigiré es que me demuestre su

personalidad.

—Procuraré complacerla, señora. Pero, ¿qué haría si se diera cuenta de que yo no soy Dongor?

—¡Le pegaría un tiro por entrar en mis habitaciones sin mi permiso! —replicó tranquilamente la señora de Fragueiro, apuntándole con un diminuto revólver que había sacado del bolsillo de su quimono.

Detrás de la capucha, los ojos del enmascarado re lucieron divertidos.

—Muy bien, señora —dijo después—. ¿Qué quiere que haga para sacarla de dudas?

—Muy sencillo. ¿Ve usted ese ropero? Pues bien Voy a colocarme delante con los brazos abiertos. Lo que usted tiene que hacer únicamente es dejarme sujeta a él, sirviéndose de algunos de esos cuchillos. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Acérquese a donde dice y se convencerá. Pero, ¿no tendrá miedo?

Por toda respuesta, la señora de Fragueiro se arrimó al armario y abrió los brazos.

—Cuando quiera. Ya estoy dispuesta.

—Es usted una mujer valiente. Muchos hombres no se atreverían a ofrecerse para este experimento. ¿No teme que falle?

—Lo que no quiero es perder más tiempo. Tira esos cuchillos, ¿sí o no?

—Ahora mismo, señora, ¡Cuidado!

Al mismo tiempo que hablaba, el encapuchado hizo un movimiento con los brazos. Cuatro afilados estiletes salieron disparados hacia la mujer, la cual, por mucho valor que demostrara hasta entonces, no pudo contener un pequeño grito do temor.

Pero pronto se recobró. Acababa de darse cuenta de que se hallaba clavada al armario por cuatro cuchillos que, atravesándola el quimono, dos por las mangas y dos por los pliegues de la falda, la impedían todo movimiento.

—Y bien, señora — se burló el encapuchado —. ¿Se ha convencido ya?

—Completamente, señor Dongor—, respondió la mujer, con un ligero temblor en la voz—. Ahora le ruego que me saque de aquí, antes de pedirle otro favor.

—No será necesario, señora de Fragueiro — respondió Dongor, regocijado al ver la sorpresa que reflejaban los ojos de la mujer—. El favor que quiere usted pedirme ya se lo he hecho antes de venir aquí.

—¿Cómo! ¿Pero es que usted sabe lo que yo quiero?

—Yo sé muchas cosas, señora. Por ejemplo: Ese favor que iba usted a pedirme no es otro que el de... hacer con don Marcos Campillo lo mismo que acabo de hacer con usted. ¿Me equivoco?

—¡Maravilloso! —exclamó la de Fragueiro, sin poder disimular su admiración—. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Muy sencillo. Usted quería convencerse de si yo era capaz de clavar a una persona en una puerta. Pensaba pedirme que clavara a don Marcos, pero antes de venir a verla a usted ya lo he hecho. La sugiero que envíe a alguien para que lo liberte. Debe de estar pasando mucho frío.

La señora de Fragueiro iba de sorpresa en sorpresa.

—Dígame, señor Dongor —preguntó de pronto — ¿Sabe usted también lo de la apuesta?

—Sí. Pero ahora no tengo tiempo de explicarle cómo lo supe. ¿Está ya satisfecha?

—¡Estoy maravillada!

Mientras hablaban, el encapuchado la había librado de los cuatro estiletes que fueron a parar a su sitio de procedencia. Después, sin añadir una palabra más, se dirigió hacia la ventana.

—No se olvide de don Marcos — advirtió, antes de desaparecer.

* * *

Era ya bien entrada la mañana cuando unos golpes en la puerta del dormitorio de Olga despertaron a la que dormía.

—Soy yo, Olga —oyó que decía, al otro lado, la voz de Javier—. ¿Te encuentras bien? Me ha parecido oírte esta noche. Pero ahora no sé si es que he estado soñando.

—¡Naturalmente, hombre! ¡Estarías soñando! Precisamente he dormido toda la noche de un tirón. ¿Cómo ibas a oírme?

Desde el otro lado de la puerta, Javier Flanagan, sin poder ver la picaresca sonrisa que iluminó el semblante de su esposa, respondió:

—Está bien, señora mía. Usted perdone.

Olga se quedó riendo debajo de las sábanas, convencida de haber engañado a su marido. Pero la risa se le hubiera helado en los labios si hubiera visto a su esposo que, al igual que ella, se metía de nuevo en la cama, haciendo esfuerzos por contener la risa.

La noche antes, cuando cada uno se retiró a sus habitaciones, Javier Flanagan había puesto un trozo de cigarrillo, de pie, entre la puerta y el marco. Por la mañana, el cigarrillo estaba en el suelo. Lo cual probaba que alguien había abierto la puerta.

Riéndose de la inocencia de su esposa se quedó dormido.

Capítulo IV

EL RAPTO DE LEONOR

Andrés Cobaleda, desde su despacho de la calle 15 del distrito de San Vicente, miraba, pensativo, por una de las ventanas. Desde ella se podía ver, al fondo, la curva del río Primero que separaba aquel distrito del barrio del general Paz.

De pronto, levantándose, pulsó un timbre.

—José — ordenó al criado que apareció poco después—. Vete ahora mismo a la calle Galinda y di al señor Castropal que necesito verle cuanto antes. No pierdas un minuto.

De nuevo solo, Andrés Cobaleda regresó junto a la ventana. Se trataba de un individuo alto y delgado. Tenía veintiocho años y un porte distinguido. Sus ojos, negros y grandes, miraban siempre fijamente. Su mentón denotaba energía. En realidad era un hombre que cuando se proponía algo, no descansaba hasta conseguirlo.

Dueño de una enorme fortuna, sin padres ni nadie que le gobernara, se daba todos los gustos y caprichos sin preocuparse de otra cosa que de satisfacer sus deseos.

A pesar de pertenecer a la mejor sociedad de Córdoba, eran pocos, por no decir ninguno, los que le recibían en sus salones. Y ésta era la disculpa que solía poner, cuando alguien le echaba en cara la elección de las malas compañías con las que casi siempre alternaba.

Conocía todos los garitos de la población. Los tahúres y maleantes eran sus amigos.

Este era, en resumen, el retrato del hombre que se había enamorado de Leonor Carmona. Y acostumbrado a que todo le saliera bien, no podía comprender cómo podía costarle tanto trabajo conseguir que el General lo concediera la mano de su hija.

Pero no se daba por vencido. Se había propuesto casarse con Leonor y no descansaría hasta conseguirlo.

Una semana antes había avisado al general e incluso le había amenazado.

Pensando en el plan que había estado preparando durante los últimos días, le sorprendió la llegada del que había enviado a llamar.

—Siéntese, Castropal — invitó Cobaleda a su visitante—. Quiero que ponga mucha atención en lo que voy a decirle. No perdonaré el menor fallo. Escuche...

Durante cerca de un cuarto de hora, los dos hombres mantuvieron una conversación en la que Cobaleda llevaba la voz cantante. El otro sólo le

interrumpía de vez en cuando para pedir alguna aclaración.

Dos horas más tarde, poco después de que el General Carmona saliera de su residencia en dirección a la Plaza de Vélez Sarsfield con objeto de visitar a Hans Larmon y a sus huéspedes, un coche que avanzaba a gran velocidad se detuvo a la puerta de su casa.

De él descendió un hombre que, con paso decidido, como si llevara mucha prisa, llamó a la puerta.

—¿La señorita Leonor Carmona? —preguntó al criado que salió a abrirle—. Dígale que es muy urgente. Se trata del general.

—¿Del general? ¿Es que le ha ocurrido algo malo? — indagó, alarmado, el fámulo.

—Espero que no sea nada grave. Pero quiere ver a su hija.

—Pase, pase, señor — invitó el criado, introduciendo al caballero—. Enseguida avisaré a la señorita.

Minutos después aparecía Leonor Carmona. El sirviente debía de haberle adelantado ya algo, pues parecía muy asustada. En sus hermosos ojos se reflejaba la inquietud.

—Por favor, caballero —suplicó—. Sebastián me acaba de decir que trae un recado de mí padre. ¿Quiere decirme qué le ha ocurrido?

—Tranquilícese, señorita. El general sólo ha sufrido un pequeño accidente. Nada de cuidado. Le llevamos al Hospital de San Roque, donde le han atendido, y pronto podrá venir a casa. Yo he venido a avisarla para que no esté usted intranquila y acompañarla, si es que quiere ir a verle.

—Naturalmente. Enseguida. Permítame unos segundos.

Sin esperar contestación, la muchacha desapareció por una puerta para regresar un minuto después con un abrigo en la mano.

—Cuando guste, caballero. Estoy a su disposición.

Iba ya a salir a la calle, cuando el criado se atrevió a decir:

—Perdón, señorita. ¿Quiere que avise a Dorotea para que la acompañe?

—No, Sebastián. Iré yo sola. Vamos, señor.

Una vez en la calle, subieron al coche que esperaba junto a la acera, el cual se puso enseguida en marcha tomando la dirección de la calle San Gerónimo, que era donde estaba instalado el Hospital de San Roque.

—Cuénteme, señor. ¿Qué es lo que le ha ocurrido? — preguntó Leonor, apenas se acomodó en su asiento.

—Ya le he dicho que nada de importancia. Un simple choque con otro auto del que resultó conmocionado. Pronto se recuperará.

Mientras tanto el coche seguía avanzando. Leonor Carmona no se dio cuenta de que habían pasado por delante del Hospital hasta que al mirar por la ventanilla vió el río.

—¡Oiga! —advirtió, un tanto alarmada—. Por aquí no se va al Hospital, Creo que lo hemos dejado atrás.

—Ya lo sé, jovencita. Ahora vamos a otro sitio —respondió el hombre con toda tranquilidad, abandonando sus modales de caballero.

—Pero... —empezó a protestar ella.

—No grite o será peor para usted —la amenazó el desconocido—. Además de no adelantar nada, me obligaría a usar otros medios que no le gustarían mucho.

La luz se hizo en el cerebro de la muchacha. Todo había sido una comedia para obligarla a salir de casa. Su único consuelo era el de saber ya que a su padre no le había ocurrido nada malo.

Fue a abrir la boca para preguntar qué era lo que pensaban hacer con ella, pero el que iba a su lado no le dio tiempo a ello. Súbitamente se precipitó sobre ella para colocarle una venda sobre los ojos.

—¿Por qué hace eso? —indagó, cuando el otro hubo terminado—. ¿Es que no puedo saber siquiera a dónde me llevan?

—Así es, señorita —fue la respuesta que obtuvo—. De todas formas puede estar contenta. Ya ve que no le tapo la boca... a menos que me obligue a ello.

Al cabo de media hora de rodar, el coche se detuvo. El raptor de Leonor ayudó a bajar a la muchacha y, sujetándola por el brazo, la condujo hasta lo que ella adivinó como un portal. Luego subieron por una escalera. Finalmente, el que la sujetaba abrió una puerta y una vez atravesada le quitó el pañuelo.

Cuando abrió los ojos, lo primero que vio Leonor Carmona fue la figura de Andrés Cobaleda, de pie frente a ella y contemplándola con alegre sonrisa.

Capítulo V

OLGA SOSPECHA...

Veinte minutos después de salir de su casa, el General Carmona llegó a la residencia de Hans Larmon. Conducido a uno de los salones de la casa, cómodamente sentado en un sillón decía en aquel momento, mientras con un pañuelo se limpiaba unas gotas de sudor que corrían por su frente:

—Les repito que estoy asombrado, señores. No alcanzo a explicarme cómo pudo enterarse y acudir tan pronto. Fíjense: Esta mañana me visitó, muy temprano por cierto, la señora de Fragueiro. ¿Y adivinan para qué? Pues para decirme que había ganado mi apuesta. Que Dongor había aceptado el reto de don Marcos y, como él mismo había pedido, lo había clavado en una puerta. Después la visitó a ella para decirle que enviaba a alguien a libertarle. Conque díganme con sinceridad, ¿no es algo maravilloso?

—¡Es estupendo, general! —exclamó Larmon, entusiasmado—. Tenía mucha confianza en Dongor. Pero lo que es a partir de ahora... bueno, a partir de ahora le considero un genio. ¡Es asombroso!

En contraste con la alegría de Larmon, la esposa de Javier se hallaba sumida en un mar de confusiones.

Según el general, Dongor había actuado la noche pasada. Precisamente en la madrugada en que ella, por una feliz casualidad, había visto cómo su esposo dormía tranquilamente. Es más. Hasta él mismo la había oído levantarse.

Y pensando en aquello, una serie de preguntas acudían a su imaginación sin que pudiera contestar a ninguna.

Si su marido era Dongor, de lo que estaba bien segura, ¿cuándo salió de su habitación? ¿Le habría alguien suplantado? Y si era así, ¿qué iba a ocurrir cuando el verdadero Dongor tomara cartas en el asunto?

—Perdón, general —dijo de pronto, dirigiéndose al anciano militar—. ¿Sabe usted por casualidad a qué hora visitó Dongor a la señora de Fragueiro?

Mientras hacía la pregunta no apartó la mirada de su esposo, que la sostuvo sin pestañear.

—Pues según la señora de Fragueiro —respondió el General—, eran las cuatro y media cuando envió a su criado a casa de don Marcos.

—Pero Dongor ya había visitado a don Marcos antes, ¿no es eso? —volvió a preguntar Olga.

—Exacto. Por eso envió a su criado. Para libertarle .de la puerta donde Dongor le había dejado clavado.

—Es decir —continuó Olga—, que si la señora de Fragueiro envió a su criado a las cuatro y media, forzosamente tuvo que ser antes de esa hora cuando visitó a don Marcos. Ahora bien: ¿Hay mucha distancia de donde vive esa dama hasta la casa de don Marcos?

—Bastante. Andando no se tardaría menos de un cuarto o veinte minutos.

—Lo que prueba que Dongor visitó a don Marcos alrededor de las tres y media, si tenemos en cuenta que con la señora de Fragueiro permaneció algún tiempo, ya que estuvieron hablando de él. Ahora sólo falta un pequeño detalle: ¿Vive don Marcos muy cerca de aquí?

—Nada de eso —respondió el General, sin poder disimular la extrañeza que le causaban las palabras de Olga—. Don Marcos vive en la calle Rosario de Santa Fe. Muy cerca de mí casa. Casi a media hora de aquí.

—Gracias, general. Quería hacerme una idea de lo que tuvo que moverse Dongor —explicó—. Y he deducido que al menos empleó dos horas en hacer esas visitas.

En aquel momento intervino Larmon en la conversación.

—A propósito —dijo—. Estoy pensando que a lo mejor Dongor también nos visita a nosotros.

—Dongor no pierde el tiempo en cumplidos de esa clase —respondió Javier, sin darse cuenta de que su esposa le miraba muy seria—. Si ha hecho el viaje hasta aquí habrá sido por el anuncio que ponían todos los periódicos. Pero una vez terminada su misión, habrá desaparecido, como acostumbra.

—Tú puedes pensar como quieras —replicó Larmon, zumbón—. Tampoco creías que iba a venir y ya has visto cómo ha acudido. Lo que es yo no pierdo las esperanzas.

—Ni yo tampoco —terció ahora Olga, con un retintín en la voz que sólo su esposo notó—. A mí también me gustaría recibir la visita de ESE DONGOR QUE ESTUVO EN CORDOBA ANOCHE.

Las últimas palabras las recalcó bastante para que Javier pudiera notarlo.



¡ Voy a clavarte en esta puerta !

—Pues si ocurriera eso —habló el general —, desearía estar presente para saludarle.

Diciendo esto el general se dispuso a partir. Poco después los tres amigos quedaban de nuevo solos.

—Es simpático el general, ¿verdad? —dijo Javier, por decir algo.

—¡Simpatiquísimo! — exclamó Larmon, mientras se dejaba caer en su asiento—. El pobre hombre no puede explicarse cómo Dongor ha acudido tan pronto al llamamiento que le hicieron.

—¿Y tú te lo explicas? —indagó Olga, con un deje de ironía en la voz.

—A mí no me extraña nada de lo que se refiera a Dongor —declaró Larmon, sin molestarse por la burla—. Le creo capaz de todo. ¡Es maravilloso!

—Cierto, amigo Larmon —asintió Olga—. Tan maravilloso que le creo capaz de poder desdoblar su persona. Por eso me pregunto: ¿Qué haría Dongor con su esposa, si estuviera casado? ¿Le contaría todo lo que hace o se lo guardaría para él solo? Responde, Larmon. ¿Qué harías tú? ¿Obrar por tu cuenta o tendrías a tu mujer al corriente de todo?

Hans Larmon parpadeó sorprendido. No se explicaba el porqué de aquella pregunta.

—Verás, Olga —respondió—. Teniendo en cuenta lo especiales que sois las mujeres no me atrevo a dar una opinión definitiva. Por otra parte aseguraría que Dongor no es casado. Y la explicación es muy sencilla. Si lo fuera, por razón natural su esposa tendría que estar enterada de todas sus aventuras. Y si un día, por vanidad, se le ocurre decir: Dongor es mi marido, Dongor dejaría de ser invulnerable. Conociendo ya su personalidad, no tardarían en hacerle desaparecer.

Olga hizo un mohín con la boca y replicó, muy seria:

—No hay duda de que conoces muy poco a las mujeres, Larmon. Escucha: Si yo fuera la mujer de Dongor — y al decir aquello brillaron sus pupilas—, mi esposo podía estar bien seguro de que de mí boca no saldría nunca ni una palabra que pudiera comprometerle. Es más, le ayudaría en la medida de mis fuerzas en cuanto a él pudiera resultar beneficioso.

Hans Larmon se permitió soltar una pequeña carcajada.

—Creo que mejor será dejarlo, Olga. Gomo no sabemos si Dongor es casado o soltero, discutir sobre ello es perder el tiempo. Pero no te preocupes. Será lo primero que le pregunte la próxima vez que le vea. Y ahora, ¿qué os parece si salimos a dar un paseo? Todavía no habéis visto casi nada de Córdoba.

Capítulo VI

COBALEDA SE DESCUBRE

—¿Qué ocurre, Sebastián? ¿Por qué me miras así?

El General Carmona acababa de llegar a su casa y no acertaba a comprender la sorpresa que se retrataba en la cara de su criado.

—Pero... el señor, ¿no estaba en el hospital? — pudo decir, por fin, el asombrado Sebastián.

—¿En el Hospital? — se extrañó el andado militar —... ¡Pero tú estás loco! ¿Quién te ha dicho semejante tontería?

—No es ninguna tontería, señor. Un caballero vino preguntando por la señorita asegurando que usted se encontraba en el hospital. Habló de un accidente y la señorita se marchó con él enseguida.

Al oír nombrar a su hija, el general había palidecido.

—¿Y Dorotea? —preguntó, con un hilo de voz—. ¿Se fue con ella?

—No, señor. La señorita no perdió tiempo en llamarla. Se marchó sola con el caballero, a pesar de yo indicarle la conveniencia de que se llevara a Dorotea.

El General Carmona se dejó caer en un sillón. La noticia recibida le había dejado como atontado. Durante varios minutos permaneció sin hacer el menor movimiento, sin saber qué hacer ni qué pensar de todo aquello. Pero de pronto...

—Dime, Sebastián: ¿Conociste al hombre que se la llevó? — preguntó a su criado.

—No, señor. No le había visto nunca. Pero se trataba de un hombre de mediana estatura y muy delgado. Sus manos me llamaron la atención. Eran finas y bien cuidadas. Parecía un hombre de negocios, aunque juraría que no es ésa su ocupación.

—¿Dijo cómo se llamaba?

—No, señor. Todo lo que pude sacarle fue que usted le enviaba por la señorita.

—Pues no lo entiendo, Sebastián. Si al menos supiéramos quién era el...

Unos golpes en la puerta interrumpieron al General

—Ve a abrir, Sebastián —ordenó el anciano— Si es alguna visita, excúsame. En estos momentos no podría recibir a nadie. Te espero en el despacho. Voy a llamar a la policía.

Mientras el criado se dirigía hacia la puerta de la calle, el general subió las escaleras que conducían hasta su despacho. Una vez junto a la mesa descolgó el teléfono dispuesto a marcar el número de la policía. Pero

entonces entró Sebastián llevando un sobre en la mano.

—Acaban de traer esta carta, señor —anunció el fámulo—. ¿No serán noticias de la señorita?

Soltando el teléfono, el general tomó el sobre y lo abrió, nervioso. Un segundo después, apenas puso la vista en el papel escrito que venía dentro, emitió una exclamación de sorpresa. La carta decía así:

«General:

»Como le había prometido, su hija se encuentra en mi casa de donde saldrá convertida en mi esposa. Le envío esta nota para que no esté intranquilo por su suerte y para que sepa que, aunque no me dé su consentimiento, ya no lo necesito. No le invito a la boda porque estoy seguro de que estropearía la ceremonia. Su futuro yerno,

»*Andrés Cobaleda.*»

—¡Miserable! — exclamó el general indignado, cuando hubo acabado de leer—. Debí suponerlo. ¿Quién, sino ese granuja, podía haber raptado a mí hija?

Luego, guardándose el papel en el bolsillo, ordenó:

—pronto, Sebastián. Encárgate de llamar a la Policía. Yo no quiero perder ni un minuto. Diles que Andrés Cobaleda ha raptado a mí hija. La tiene en su casa y allí los espero.

Mientras hablaba, el general había sacado una pistola del cajón de su escritorio guardándosela en el bolsillo. Luego, convencido de que su fiel criado se cuidaría de cumplir las instrucciones recibidas, con paso firme se dirigió a la calle.

Tardó un cuarto de hora escaso en recorrer con su, coche la distancia que le separaba del domicilio de Andrés Cobaleda. Sabía que la Policía no tardaría en llegar. Más no tuvo paciencia para esperar.

Primero utilizando el timbre y luego el aldabón de la monumental puerta, llamó decidido. Pero transcurrieron varios minutos sin que nadie respondiera. Repitió la llamada, más todo inútil. Ni el más pequeño ruido salía de la casa.

En aquel momento otros dos coches se detuvieron junto al suyo. De ellos descendieron varios policías que corrieron a su encuentro.

—Soy el sargento Diéguez, general — se presentó uno de ellos—. Nos hemos enterado por su sirviente de lo que le ocurre y aquí estamos... ¿Es aquí donde tienen a su hija?

—Al menos así me lo hace saber el bribón que la ha raptado. Vea usted mismo.

Y el general alargó al policía la caria que había recibido poco antes.

—Con esta carta no necesitamos mandamiento judicial, General —dijo

el sargento, una vez la hubo leído—. ¿Quiere que entremos?

—Pues claro. Y cuanto antes mejor. Si es preciso que echen la puerta abajo. Yo cargo con toda la responsabilidad.

El sargento se volvió hacia sus hombres y ordenó:

—¡Pronto! Tiren esa puerta. Tenemos que entrar para ver quién hay dentro.

Minutos después la entrada quedaba libre. Pistola en mano, el general se abalanzó el primero seguido de los policías.

Con toda la velocidad que le permitían sus piernas subió las escaleras y ya arriba empezó a recorrer la casa. Pero no sacó nada en limpio.

La casa estaba completamente vacía. Ni un alma viviente había quedado en ella. Sus moradores habían desaparecido sin dejar el menor rastro.

Capítulo VII

DON MARCOS PAGA LA APUESTA

El reloj de la iglesia de la Merced daba las doce del mediodía, cuando don Marcos Campillo salió de su casa. A buen paso bajó hasta la Plaza de San Martín y poco después entraba en el Banco Nacional.

Cuando volvió a salir tomó la dirección de la calle de Rivadavia, no tardando en llegar a la residencia del General Carmona.

—Buenos días, Sebastián — saludó al criado, que salló a abrirle—. Di a tu amo si puede recibirme.

—El señor acaba de llegar y piensa salir de nuevo, señor Campillo. No obstante le daré su recado. Pase, por favor.

Cuando unos minutos después apareció el General Carmona, don Marcos advirtió enseguida que algo raro ocurría. El anciano daba la impresión de haber envejecido en poco tiempo.

—Perdóneme usted, don Marcos —dijo, estrechando la mano que le tendían —, si no le recibo con la alegría que su visita me tenía que producir. Pero una terrible desgracia acaba de caer sobre mí en estas últimas horas.

—¿Qué dice, general! —se extrañó don Marcos—. ¿Tan grave es lo que le sucede? Supongo que no hará falta decirle que estoy a su disposición.

—Lo sé y se lo agradezco, don Marcos. Pero no creo que pueda ayudarme. Se trata de mí hija. ¡La han raptado!

—¿Raptado? Pero, ¿cómo es posible? ¿Está usted seguro?

En vez de contestar, el general hizo una seña a don Marcos, indicándole que le siguiera. En silencio subieron las escaleras y pronto llegaban al despacho del dueño de la casa.

El general abrió un cajón de su escritorio y de él sacó la carta que recibiera aquella mañana, que entregó a su visitante.

Don Marcos leyó el papel escrito y entonces exclamó indignado:

—¿Qué infame! Se necesita cinismo para escribir esta carta. ¿Y no ha avisado a la Policía? ¡Ese hombre tenía que estar ya en la cárcel!

—Cierto, don Marcos. Pero desgraciadamente no hemos podido encontrarle. Registramos su domicilio, sin hallar el menor rastro de él y mi hija. Mucho me temo que ya no se dejará ver hasta que haya conseguido su propósito. Y eso es lo malo, ¡A mi Leonor le costará la vida, si no puedo salvarla antes de que sea demasiado tarde!

Don Marcos palmoteó cariñosamente en la espalda al anciano.

—No debe usted perder las esperanzas, general. Una boda no se improvisa tan pronto. ¿Qué le parece si aviso a unos cuantos amigos y

procedemos a dar una batida por los sitios donde él acostumbra a ir?

—Se lo agradezco de veras, don Marcos. Pero ya he pensado en eso y llegado a la conclusión de que no adelantaríamos nada. Ese hombre sabe muy bien dónde esconderse. Nosotros no le encontraríamos nunca. ¡Sólo un milagro puede salvar a mí hija!

Después, dándose cuenta de que don Marcos no había dicho todavía el motivo de su visita, añadió, disculpándose:

—A propósito, don Marcos. Con mis preocupaciones me he olvidado de preguntarle a qué se debe su grata presencia en mi casa. Usted dirá en qué puedo servirle.

—Lo mío no tiene importancia, general. Vine a verle para pagarle la apuesta que perdí y de paso contarle lo que me sucedió. Pero otro día hablaremos de eso. Lo que interesa ahora es recuperar a su hija. Tome sus mil pesos y permítame que me retire. Comprendo que está usted muy ocupado y no quisiera...

—Por favor, don Marcos —le interrumpió el general—. Lo de la apuesta fue una broma. Y en cuanto a lo de molestarme...

—No siga, general. Sé lo que va a decir y se lo agradezco. ¿Para qué perder el tiempo en un pugilato de cumplidos? Recoja usted sus mil pesos y no intente convencerme de lo contrario. Acabo de retirarlos del Banco y por nada del mundo volvería a llevarlos.

Hizo una pausa, como si algo se le acabara de ocurrir, y exclamó de pronto:

—¡Escuche, general! Tengo una idea para solucionar lo de su hija —y al ver la sorpresa que reflejaba el rostro del anciano, añadió—: Me refiero a ese famoso Dongor, del que ya no se puede dudar. Si pudiéramos comunicar con él...

—Usted bromea, don Marcos — se desanimó el general, apenas oyó tal sugerencia—. Ese personaje no se molestaría por una cosa como ésta. Y por otra parte, ¿cómo íbamos a arreglárnoslas para ponernos en contacto con él? Olvídelo. Esa solución es imposible.

—Yo no lo creo así, general. Se me ha metido en la cabeza y voy a intentarlo.

Media hora después, don Marcos, pensativo y preocupado por lo que acababa de contarle el general, se presentaba en la casa que en la población se conocía por el nombre de Palacete. El criado que salió a recibirle le introdujo en un magnífico salón, mientras él iba a anunciar la visita a su amo.

Cuando don Marcos se quedó solo paseó la vista a su alrededor.

Se encontraba en un lujoso gabinete de espera, en cuyas paredes se veían varios cuadros y pinturas. Grandes sillones y divanes, de estilo español, amueblaban la habitación. Al fondo y a la derecha, dos grandes

vitrinas encerraban artísticos objetos de notoria antigüedad y gran valía. Sobre cada una de ellas, en la pared, dos panoplias sostenían armas antiguas entre las que sobresalían dos magníficas espadas españolas.

El suelo estaba cubierto por gruesas alfombras en cuyo centro, dos mesitas, una con revistas y periódicos y otra con accesorios de fumar, invitaban, con los mullidos sillones que las rodeaban, al más tranquilo y acogedor descanso.

Dos enormes ventanas con rejas de hierro de afiligranada forja, permitían la entrada de la luz y el aire. Y para regular el paso de estos elementos, disponían de una celosía que las cubría totalmente.

Apenas acababa de hacer el recorrido de la habitación con la vista, cuando la puerta se abrió y por ella apareció el dueño de la casa, seguido de Javier Flanagan.

—Buenas tardes, señor Campillo —saludó Larmon, estrechando la mano de su visitante—. Le ruego nos excuse por haberle hecho esperar. De haber sabido que...

—Por favor, señor Larmon —le interrumpió don Marcos— no tiene por qué disculparse. En realidad éstas no son horas de visita. Si me he tomado esta libertad ha sido porque necesito la ayuda de ustedes para algo muy importante.

Hans Larmon cambió una mirada con Javier.

—Cuenta con nosotros para todo, señor Campillo respondió después—. Si en algo podemos serle útiles nos tiene por entero a su disposición.

—Gracias, señor Larmon. Sabía que podía contar con ustedes. Pero no se trata de mí, sino del General Carmona.

—¿Del General Carmona? —se extrañó Javier, abriendo la boca por primera vez—. ¡Pero si esta mañana estuvo aquí y parecía muy contento! ¿Es que le ha ocurrido algo?

—Lo peor que podía ocurrirle. ¡Han raptado a su hija!

—¿Que han raptado a su hija? ¿Quién? —preguntaron los dos amigos a la vez.

—Un tal Cobaleda. Dicen de él tantas cosas que si nada más que la mitad es cierto, compadezco al general. Por lo visto le había amenazado con que de una forma u otra se casaría con su hija. Así es que la ha raptado, y según una carta que envió al general, van a casarse. ¡Si esto ocurre, tanto el padre como la hija morirán del disgusto!

Hans Larmon parpadeó en el colmo del asombro. El visitante había declarado que acudía para pedirles su ayuda, pero hasta entonces no había dicho qué era lo que deseaba de ellos.

—Y bien, señor Campillo —dijo—. Lamentamos de veras la desgracia del general. Pero, la verdad, no sé qué podríamos hacer nosotros para ayudarle.

Don Marcos Campillo se permitió esbozar una sonrisa.

—Permítanme la franqueza, señores —repuso—. Naturalmente es posible que me equivoque, pero quizá pueda yo sugerirles el medio de prestar esa ayuda que el general necesita.

—Si es así, no tiene por qué esperar más tiempo, don Marcos —habló ahora Javier, tomando parte activa en la conversación—. ¿Qué sugerencia es ésa?

—La de solicitar la ayuda de Dongor. Estoy seguro de que si ustedes le hacen un llamamiento, bien por los periódicos o por cualquier otro medio que conozcan, él vendría de nuevo a Córdoba.

La sorpresa de los dos amigos no podía ser más grande.

—¡Pero don Marcos! —exclamó Javier—. ¿Qué le hace suponer que nosotros conocemos el medio de ponernos en contacto con Dongor? Si mal no recuerdo, fue precisamente usted quien puso un anuncio en el periódico para llamar su atención.

—Cierto, señor Flanagan —respondió don Marcos, sin inmutarse—. Yo fui quien insertó el anuncio pero, ¿no podía haber ocurrido que Dongor recibiera la llamada de alguno de ustedes? Según las palabras del señor Larmon en la fiesta del general, ese misterioso personaje les prestó ya una vez su ayuda; ¿por qué no suponer, entonces, que ustedes saben cómo avisarle?

—¿De veras lo cree así, don Marcos? —y Javier, Flanagan clavó con intensidad sus negras pupilas en el avisado hacendado.

—No es que lo crea —respondió éste, sin la menor vacilación—. Es que lo deseo de todo corazón. Dongor es el único que puede solucionar el problema del general y ustedes son mi única esperanza.

—Pues lo sentimos de veras, don Marcos —respondió Larmon, volviendo a tomar la palabra—. Puede creerme que si lo que usted se figura fuese cierto, no titubearíamos un momento en complacerle. Pero desgraciadamente no es así, y lo sentimos.

Javier Flanagan apoyó la aseveración de su amigo, diciendo:

—El señor Larmon tiene razón, don Marcos. Puede creerle. Nosotros no sabemos dónde está ese Dongor. Sin embargo, para que se convenza de nuestros buenos deseos en querer ayudarle, estamos dispuestos a hacer algo más práctico que esperar la problemática intervención de Dongor. ¿Qué le parece si visitamos a ese Cobaleda y le obligamos a devolver a la hija del general? ¡La Policía apoyaría este caso de justicia!

Una sonrisa iluminó el semblante de don Marcos al oír aquellas palabras.

—Demasiado tarde, señor Flanagan. La idea que usted propone ya ha sido llevada a la práctica por el propio general, y sin resultado. La casa de Cobaleda, en la calle 15 del distrito de San Vicente, ha sido registrada de

arriba abajo, sin hallar el menor rastro de sus moradores. Aunque la cosa era de suponer. Cobaleda, a pesar de pertenecer a la mejor sociedad de Córdoba, conoce todos los rincones de los barrios bajos. Sus mejores amigos son los maleantes y tahúres. Se habrá escondido entre ellos y, ¿quién es capaz de dar con su paradero? En fin —añadió don Marcos, mientras de su bolsillo sacaba una lujosa cartera y de ella dos billetes de a quinientos pesos—. Ya que lo de avisar a Dongor no se puede hacer, pasemos al segundo motivo de mi visita. Tome esto, señor Larmon. Son los mil pesos que perdí en la apuesta de la otra noche.

Larmon rechazó los dos billetes con un gesto, mientras decía:

—Por favor, don Marcos. No supondrá usted que voy a cogerlos, ¿verdad? Aquello fue una broma que aunque afortunadamente salió bien para todos, ni yo mismo confiaba en su resultado. Además...

—Nada, nada, señor Larmon—le atajó don Marcos—. Lo mismo que usted me ha dicho el general y, sin embargo, ha tenido que admitir los mil pesos. He perdido la apuesta y quiero pagar. Conque no discutamos más. No conseguiría convencerme.

Hans Larmon no tuvo más remedio que tomar los dos billetes que le entregaban. Minutos después se despedía don Marcos y los dos amigos, ya solos, se miraron extrañados.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Javier, con leve ironía en la voz—. Conque ésta era la tranquilidad que decías había en Córdoba, ¿eh? Hace cuatro días que hemos llegado y ya nos vemos metidos en otro embrollo.

—No lo comprendo, Javier —respondió Larmon, a todas luces desconcertado—. Si me lo llegan a decir no lo creo. ¡Y yo que me aburría como una ostra!

Se dirigieron hacia el comedor y allí encontraron a Olga que les estaba esperando.

—¿Ocurre algo? ¿Por qué habéis tardado tanto? —indagó la mujer, curiosa—. Acaso ese don Marcos quería...

—Quería que le dijéramos la forma de poder comunicarse con Dongor —la interrumpió su esposo, sin dejarla acabar—. Por lo visto han raptado a la hija del general y el hombre pensó enseguida en pedir la ayuda de Dongor.

Olga respingó en su asiento.

—¿Que han raptado a la hija del general? —indagó—. Vosotros bromeáis.

—Ojalá fuera una broma, Olga —intervino ahora Larmon—. Pero se trata de algo realmente cierto. El señor Campillo vino a vernos para lo que te ha dicho Javier. Está plenamente convencido de que si pudiéramos avisar a Dongor, él lo arreglaría todo.

Durante unos segundos, Olga miró de su esposo y a Larmon,

sospechando que estarían gastándole una broma. Pero finalmente, comprobando que la seriedad de sus rostros no era fingida, preguntó, interesada:

—Bien. Explicaos mejor. ¿Se sabe quién la ha raptado?

—Un individuo llamado Cobaleda que, según dicen tiene muy mala fama. Se ha escondido entre los maleantes de la ciudad y no hay quien lo encuentre. Por lo visto no pretende otra cosa que casarse con ella.

—Cada vez me convenzo más —declaró Larmon de pronto—, de que Dongor hace aquí mucha falta. Daría cualquier cosa por poder avisarle. Dime, Javier. ¿Crees que daría resultado poner un anuncio en los periódicos? La otra vez...

—La otra vez —le atajó Javier, empezando a comer—, disponía de una semana de tiempo para enterarse. Ahora es distinto. Aún en el supuesto de que leyera el anuncio llegaría tarde para impedir la boda que ya estará a punto de consumarse. Sin embargo, puedes intentarlo. No quiero ser yo quien ponga peros a tus esperanzas.

CAPÍTULO VIII

EN BUSCA DE COBALEDA

Era ya bastante tarde cuando el matrimonio Flanagan se retiró a sus habitaciones. Sin embargo, antes de acostarse, Olga llamó a su esposo para que entrara con ella a su cuarto.

—Dime, Javier —preguntó de sopetón— ¿Por qué no me dijiste que ibas a salir la otra noche? Llevo todo el día intentando preguntártelo, pero hasta este momento no hemos estado solos.

Inició Javier el gesto de besarla en una mejilla, pero ella se retiró a tiempo para insistir:

—Te he hecho una pregunta, Javier. ¿Por qué no respondes?

—Está bien, pequeña. No te enfades por eso. Si no te dije nada fue tan sólo para no preocuparte. Además, sabes muy bien que en esta ocasión no existía el menor peligro.

—Cierto. Pero así y todo hubiera preferido que me lo dijeras. Y no sólo no lo hiciste, sino que incluso me engañaste por la mañana. Dijiste que me habías oído abrir la puerta de comunicación cuando en realidad, al no estar tú en la cama, no podías saberlo.

—Te equivocas, pequeña —respondió Javier, divertido y tranquilizado a la vez al comprobar que el enfado de su esposa no era tan grande como esperaba. —La hora no podría decírtela. Pero que te levantaste y abriste la puerta eso sí que lo aseguro. ¿Verdad que sí la abriste?

—Sí — admitió Olga—. Pero, ¿cómo lo sabes?

—¡Bah! Puse en práctica un pequeño truco... ¿Qué? ¿Me has perdonado ya?

Hizo ella un mohín con la boca y respondió:

—Lo haré si me respondes con la verdad a esta pregunta: ¿Va a aparecer Dongor otra vez?

—No hay más remedio, querida. Larmon tiene tanta confianza en él que... ¡Oye! ¿Y si le hiciera una visita para pedirle que me dejara tranquilo de una vez?

Olga meditó unos segundos antes de responder. Luego, sonriendo picarescamente contestó:

—Se me ocurre algo mejor. Haz que conozca tu personalidad. Estoy segura de que sabrá guardar el secreto y al mismo tiempo podrás utilizarlo como ayudante. ¿Te imaginas la cara que pondrá cuando se entere que su admirado Dongor es nada menos que su mejor amigo?

—Me parece buena idea, cariño. Disfrutaré de lo lindo viendo su sorpresa... Anda, acuéstate ahora y recupera tus fuerzas para mañana.

Buenas noches, nenita.

Besó Javier a su esposa, que se estremeció al contacto de su cuerpo con el de él y después, arropándola como si fuera una niña, se dirigió a su habitación.

Dos horas más tarde, en la calle donde tenía su residencia Andrés Cobaleda, apareció una oscura figura que, avanzando con el mayor sigilo penetró en la vivienda, sin que el policía que estaba allí de guardia se diera cuenta de nada.

La misteriosa figura subió silenciosamente las escaleras que partían de la entrada. Poco después se encontraba en el interior de la casa.

El misterioso desconocido se internó en una de las habitaciones envuelta, como todas, en una completa oscuridad.

Brotó un rayo de luz, cuyo disco no era mayor que el de una moneda y silenciosamente recorrió varios pasillos.

La casa estaba vacía. Detrás del hilo de luz un poderoso cerebro trabajaba activamente. De vez en cuando, el diminuto rayo de la linterna se posaba sobre un punto y, durante unos instantes, permanecía inmóvil.

Así hasta que el misterioso individuo llegó a la habitación que servía de despacho al dueño de la casa. De nuevo el rayo de luz recorrió la estancia para que su propietario pudiera estudiar todos los objetos. Y de pronto...

El tenue rayo de luz se posó sobre algo caído en el suelo. La figura de negro se inclinó hacia adelante y lo cogió. Después, acercándose a la mesa, colocó sobre ella lo que había encontrado.

A la luz de la linterna apareció un pequeño bloc de notas que su dueño debió de perder sin darse cuenta. Decía en la primera página:

CLUB PAMPERO

Mesa núm.12

J. Castropal

Y más abajo una dirección que sería la del titular de la libreta. El resto de las páginas estaba lleno de anotaciones y operaciones en las que se detallaba el día en que habían sido efectuadas.

Evidentemente, el propietario de aquel bloc era un «croupier» de alguna casa de juego, en la que la Dirección obligaba a sus empleados a llevar nota diaria de las operaciones que hacían.

Durante unos minutos, el rayo que despedía la linterna del desconocido permaneció fija, alumbrando la mesa. Luego, apagándose de pronto, la oscuridad volvió a reinar en la habitación.

Los pasos del misterioso desconocido no producían el menor ruido al ser amortiguados por la alfombra que cubría el suelo. Luego todo quedó en completo silencio.

¡En la casa ya no había nadie!

—¡Castropal!

La voz salía de junto a los pies de la cama donde Julio Castropal dormía tranquilamente.

—¡Castropal! —repitió la misma voz, ahora un poco más alto.

El que dormía despertó bruscamente. Había oído la voz que le llamaba, aunque sin poder adivinar de dónde procedía.

Julio Castropal abrió los ojos y miró a su alrededor. La habitación estaba a oscuras, salvo la parte próxima a la ventana por la que una tenue claridad permitía ver algunos objetos próximos. Pero Castropal no pareció darse cuenta de ello y pulsó el interruptor. Un torrente de luz inundó la estancia.

Casi al mismo tiempo, de los labios del ahora medio incorporado durmiente brotó una exclamación de sorpresa.

Junto a la cama, mirándole fijamente, una figura de hombre que vestía completamente de negro aparecía con los brazos cruzados. La luz de la lámpara, al dar en sus brazos, hacía brotar reflejos metálicos a los extraños cuchillos que los adornaban.

¡De su cuerpo sólo eran visibles los ojos!

—¿Qui... quién es usted? —preguntó casi tartamudeando el sorprendido Castropal.

—Le he llamado dos veces —respondió el desconocido, pasando por alto la pregunta. Y añadió: —Vengo a que me diga dónde se encuentra su amigo Cobaleda,

El tahúr pareció respirar. Si la cosa no iba con él no tenía por qué temer.

—No sé de qué me habla —respondió, aparentando una serenidad que no sentía—. No conozco a ningún Cobaleda.

Había metido la mano debajo de la almohada con la intención de coger la pistola que como de costumbre escondía allí. Pero cuando consiguió empuñarla, la voz del desconocido le hizo inmovilizarse.

—Le aconsejo que no haga tonterías, Castropal —advirtió la extraña figura—. Saque la mano de donde la tiene y responda a mí pregunta: ¿Dónde se esconde Cobaleda?

—Le repito que no sé de quién me habla.

Y mientras lo decía, con la mayor rapidez posible sacó la mano de debajo de la almohada y apuntó al desconocido con la pistola.

—¡Levante los brazos y no se mueva! —conminó, victorioso—. ¡Le dejaré seco si no obedece!

La figura de negro levantó los brazos. Al menos así lo creyó Castropal. Pero cuando se dio cuenta del engaño ya era demasiado tarde.

Uno de los afilados cuchillos que el misterioso visitante llevaba en sus

brazos acababa de clavarse en la muñeca armada de Castropal. La sábana se tiñó de rojo y el estupefacto tahúr se vió obligado a soltar la pistola.

—Recuerde que le advertí, Castropal—oyó que le decía el encapuchado—. ¿Querrá ahora contestar a mí pregunta? ¿Dónde está Cobaleda?

El tahúr no sabía qué partido tomar. En los pocos minutos que llevaba allí el misterioso encapuchado acababa de demostrarle muchas cosas. Una de ellas era que venía dispuesto a enterarse de lo que quería saber.

Julio Castropal no se había encontrado nunca en un apuro semejante. Y para empeorar su situación la mano herida empezaba a dolerle bastante. Si el cuchillo estaba envenenado y no se hacía pronto una cura...

—Me estoy cansando de esperar —oyó que decía el desconocido—. Le doy treinta segundos de tiempo para que hable. Si no lo hace, en vez de apuntar a la muñeca, apuntaré al corazón, ¡Y yo siempre cumplo lo que prometo!

El tahúr quiso aún resistirse. Respondió obstinado:

—Le repito que no lo sé. Nunca he oído nombrar a ese Cobra...

—Han transcurrido quince segundos — le atajó el desconocido—. Piense lo que va a decir ahora. Quizá sean sus últimas palabras.

La frente de Castropal se cubrió de gruesas gotas de sudor. En su interior sostenía una dura lucha el temor de la venganza de Cobaleda si se enteraba de quién le había delatado y la amenaza que pesaba sobre él si no contestaba al desconocido. Por razones que él ignoraba, aquel encapuchado estaba seguro de que él podía contestar a su pregunta.

Finalmente, como lo más importante era escapar del peligro más próximo, tomó una decisión.

—Está bien — murmuró, hablando rápidamente —. Me doy por vencido. Responderé a su pregunta, aunque le advierto que yo sólo puedo decirle dónde se encontraba Cobaleda anoche.

—Hable de una vez. ¿Qué sitio es ese?

—Pues... anoche estaba en casa de «El Zapiola». Vive en el número 30 de la calle Sarmiento.

—¿Y Leonor Carmona? ¿Está con él?

—Sí. La llevó allí ayer por la mañana. Pero en cuanto se hayan casado regresarán a la calle Quince.

—¿Cuándo piensan celebrar esa boda?

—Lo ignoro. Sólo sé que hoy esperan al Padre Domingo.

—¡Estupendo! ¿Ve lo que se hubiera ahorrado de haber empezado por ahí? En fin. No se mueva de aquí y, sobre todo, no intente avisar a su amigo... ¡Apague la luz!

Castropal hizo lo que le ordenaban. Con la mano sana apretó el interruptor de la luz y todo quedó a oscuras. Oyó cómo se abría la ventana y después percibió en su rostro el frío de la madrugada al entrar por ella.

Un segundo después, la ventana volvía a cerrarse quedando todo en silencio.

Capítulo IX

AMOR Y DESPRECIO

Cuando Leonor Carmona se quitó el pañuelo que le vendaba los ojos y vió delante de ella a Andrés Cobaleda, comprendió enseguida el motivo por el que la habían raptado.

Conocía la pretensión de su raptor y pronto comprendió que estando en su poder le costaría mucho trabajo escapar a sus deseos.

Y furiosa por aquel atropello, la muchacha se dirigió hacia el que la había traído; permanecía de pie junto a la puerta, como si esperara órdenes.

—Estará usted satisfecho, ¿verdad? —le escupió, con desprecio—. Y en cuanto a usted, señor Cobaleda —volvióse al otro—, ¿se figura que por traerme aquí conseguirá sus propósitos? Pues se equivoca. Antes me era usted indiferente. Ahora, ¡le odio y le desprecio!

—¡Por favor, Leonor!—suplicó Cobaleda, acercándose a ella—. Cuando yo le explique por qué lo he hecho... ¡Salga, Castropal! —ordenó al que seguía junto a la puerta—. Luego hablaré con usted.

Esperó a que la puerta se hubiera cerrado y una vez los dos solos, prosiguió:

—Escúcheme un momento, Leonor. Usted sabe que la amo. Deseo tanto hacerla mi esposa porque sin usted no podría vivir. Quise acercarme a usted por medios legales y no me dejaron. Por eso recurrí a este extremo. Sé que tengo mala fama y que influirá en su ánimo mientras no me conozca mejor. Y, sin embargo acceda a casarse conmigo y pronto se convencerá de que no soy tan malo como aseguran, ¡Necesito de usted, Leonor! .Usted es la única persona que puede cambiar mi vida. Porque soy capaz de todo. Pídame lo que quiera para probarle mi amor y lo haré en el acto. Pero, por favor, ¡no me desprecie!

Mientras hablaba se había arrodillado a los pies de la joven que, sin conmoverse, le contemplaba despectiva.

—La mejor manera de demostrarme su amor señor Cobaleda —respondió, furiosa— es devolverme la libertad. Está usted pidiendo compasión y, sin embargo, no la ha tenido conmigo ni con mi padre, que estará como loco buscándome. ¡Es usted un egoísta! —le espetó, mordaz.

—¡Por piedad, Leonor!—imploró de nuevo él—. Pídame otra cosa que no sea precisamente esa. ¿No comprende que lo que pide es lo único que no puedo hacer?

—Pues es lo único que deseo. Todo lo demás que pueda usted ofrecirme no lo necesito. Si me quita usted la libertad, ¿qué puedo pedirle mejor que precisamente lo que me falta? Sea usted comprensivo, señor

Cobaleda —continuó, suavizando el tono de su voz—, y deje que me marche. Le perdonaré todo el mal que me ha hecho y todavía le quedaré eternamente agradecida.

El rostro de Cobaleda reflejó hondo pesar.

—Lo siento, Leonor —respondió, levemente—. Me pide usted un imposible, Necesito que sea usted mi esposa y lo Seré. El calor de mi cariño fundirá la frialdad de su corazón. Algún día llegará a quererme.

—¿Quererle? —replicó la muchacha, con altivez—. Lo que conseguiré es que le odie con más fuerza. Por un momento confié en su caballerosidad, e incluso llegué a creer en ese cariño que dice me tiene. Pero lo que usted llama amor no es otra cosa que soberbia. Ha pregonado a los cuatro vientos que se casaría conmigo y sabiendo que no conseguiría mi conformidad ha ordenado que me rapten. Le creo capaz de cometer cualquier canallada para obligarme a aceptar esa boda. Dígame, señor Cobaleda, ¿de qué medios piensa valerse para estar tan seguro de que le aceptaré por esposo?

Durante unos segundos, Andrés Cobaleda permaneció como cortado ante la verbosidad de la muchacha. Y por otra parte, la indignación despertada en ella era tan grande que la hacía aparecer más hermosa, aumentando así la pasión del hombre.

—¿Por qué me habla así? —se quejó él, suplicante siempre—. ¿No ve el daño que me hacen sus palabras? ¡La adoro con toda mi alma! La quiero tanto que por tenerla a mi lado he llegado hasta la baja de traerla aquí a la fuerza, ¡Por favor, consienta en ser mi esposa y no me obligue a cometer una locura!

—No me convence, Cobaleda. No puedo creerle. Si de veras me quisiese tanto como dice, se sacrificaría con tal de que yo fuese dichosa. ¿Y acaso no sabe que quiero a otro hombre?

Al oír las últimas palabras de la joven, la expresión de Cobaleda cambió por completo. La humildad de antes se convirtió en furibunda ira. Su rostro antes suplicante y dolorido se volvió duro y cruel.

Con voz en la que se notaba su despecho, gritó:

—¡Castropal!

Al momento se abrió la puerta y el tahúr apareció en el umbral.

—Conduzca a la señorita al coche. Nos vamos de aquí, en cuanto haya recogido algunas cosas, ¡Rápido!

Mientras él desaparecía por una puerta, Castropal se acercó a la muchacha, intentando asirla del brazo.

—¡No me toque! —gritó ella, apartándose de él—. Iré yo sola sin necesidad de que me ayuden. Enséñeme el camino.

Apenas acababan de entrar en el coche que los había traído, Cobaleda apareció en el portal de la casa, Llevaba una carta en la mano y con la vista parecía buscar a alguien.

—¡Eh, Luis! —llamó a un hombre que aparecía sentado en el borde de la acera. Y cuando el otro acudió a su lado, añadió—: Lleva esta carta a esas señas. Aquí tienes para los gastos.

Después subió al coche y éste se puso en marcha...

Capítulo X

¡SALVADA!

El rostro de Ramón Caseros, más conocido por «El Zapiola», reflejó honda sorpresa cuando, al abrir la puerta de su casa, en contestación a la llamada que había oído, se encontró frente a Andrés Cobaleda... llevando en sus brazos a una mujer, al parecer sin conocimiento.

Con sus ojos menudos y saltones se quedó clavado en medio de la entrada, y mirando como embozado al que en aquel momento le decía:

—¿Qué te pasa, «Zapiola»? ¿Tanto te sorprende ver a una mujer desmayada?

—¿Quién es? — preguntó el hombre, reponiéndose en el acto.

—Mi futura esposa — contestó Cobaleda, con la mayor naturalidad—. Estaremos en tu casa hasta que se efectúe la boda. Aunque eso sí: nadie ha de saberlo, ¿entiendes?

—No del todo —respondió «El Zapiola», encogiéndose de hombros—. Pero en fin, allá usted... ¿Viene solo?

—No. Afuera tengo el coche con dos hombres. A propósito. Sal y di al chofer que ya puede irse en busca del Padre Domingo. Sobre todo que esté aquí con él todo lo más tarde mañana por la mañana,

—De acuerdo. Y al otro hombre, ¿le digo también algo?

—sí. Que puede irse a sus obligaciones. Dile que si le necesito ya le avisaré... ¿Y tu mujer?

—Ha salido fuera, pero no tardará en llegar.

—De acuerdo. Haz lo que te he dicho y regresa pronto. Te espero en la habitación grande.

Dio Cobaleda media vuelta y con su carga, que no había soltado en toda la conversación, se dirigió al interior de la casa.

Entró en un amplio gabinete, en cuyo centro se veía un cómodo sofá y sobre él depositó el cuerpo de la inanimada Leonor Carmona.

Durante unos segundos permaneció contemplando la delicada figura de la muchacha que, pálida y con los ojos cerrados, parecía más bien una muerta.

—¡Leonor, Leonor!—suspiró el hombre, arrodillado ante ella y acariciando sus manos.

Después, sin poder resistir la tentación de aquellos labios rojos que tenía a su alcance, se inclinó sobre ellos y los besó.

Al contacto, un estremecimiento recorrió el cuerpo de la joven y por último abrió los ojos. Y al ver ante ella el rostro de su odiado raptor...

—¡Miserable! —le escupió en la cara, mientras en vano se esforzaba

tratando de incorporarse—. ¡Máteme de una vez, pero no me roce siquiera! ¡Le aborrezco con mis cinco sentidos! ¡Apártese de mí vista!

—¡Leonor! —imploró el desdichado—. ¡Por piedad, no me hable así! ¡Voy a volverme loco! ¡Ya no puedo más!

Un sollozo se escapó de su pecho, mientras sin darse cuenta de lo que hacía alargó una mano para prender el brazo de la muchacha.

La reacción de Leonor Carmona no se la esperaba Cobaleda. Al ver el gesto de él, súbitamente levantó el brazo y con toda la fuerza de que era capaz le abofeteó.

Una exclamación, más de sorpresa que de dolor, brotó de los labios de Cobaleda. De un salto se puso de pie, y con contenida ira que no pudo disimular, exclamó:

—¡Está bien, Leonor Carmona! Ya que no quieres por las buenas será por las malas —ahora la tuteaba—. Tienes dos caminos a elegir: Consentir en ser mi esposa, como es mi deseo, o... dejar que muera tu padre. Te doy de tiempo hasta mañana. Si cuando venga el sacerdote que he llamado, no te has decidido por lo primero, te dejaré en libertad. Pero lo que es a tu padre no lo verás vivo, ¡Esa será mi venganza!

Y sin añadir una palabra más, Andrés Cobaleda giró sobre sus talones y salió de la habitación.

Leonor Carmona se quedó sola con la angustiar clavada en su alma. Había leído en los ojos del que acababa de salir que cumpliría su promesa. Aquel hombre estaba tan loco por ella que nada le importaba si tenía que resignarse a perderla.

Y una cosa le extrañó. A pesar de la devoradora pasión que le dominaba, Andrés Cobaleda seguía siendo lo suficientemente hombre para preferir convertirse en un asesino, como única represalia a su negativa, antes que hacerla suya si no era por mediación del matrimonio.

Y si era así, se preguntaba Leonor, ¿valía su felicidad la vida de su padre?

—¡Señor! —imploró en muda plegaria que brotó del fondo de su corazón—. Ilumina mi espíritu y dime qué debo hacer. Tú que has permitido que ame a un hombre al que me exigen olvide, ¿por qué me pones en el dilema de tener que aceptar por esposo al que más aborrezco, si no quiero dejar morir a mi padre? ¡Señor! ¡Apíadate de mí y ayúdame!

Sin darse cuenta, sus ojos fueron cerrándose hasta que, rendida por el cansancio y deshecha por las fatigas de aquel día, se quedó dormida.

Cuando despertó, miró extrañada a su alrededor. No se acordaba de nada y mucho menos de cómo había llegado hasta allí. Cuando se quedó dormida se encontraba en un sofá, pero en otra habitación distinta a la que ahora ocupaba.

Además, debía ser de noche. La única luz que alumbraba la estancia, un

dormitorio de regulares dimensiones, procedía de una lamparilla que se veía sobre la mesilla.

En el fondo de la habitación descubrió una ventana y aunque estaba cerrada le devolvió la esperanza.

Comprobó que seguía vestida y rápidamente se levantó. Con el mayor cuidado para no hacer ruido se acercó hasta ella y la abrió. Pero sus esperanzas se desvanecieron al ver la espesa reja que la defendía.

Desanimada regresó de nuevo al lecho y, arrojándose sobre él, rompió a llorar desconsolada. Así permaneció unos cuantos minutos hasta que, de pronto...

Un ligero ruido detrás de ella la hizo incorporarse sobresaltada y mirar hacia la puerta. Como si suavemente la empujaran desde fuera, poco a poco iba abriéndose hasta que por fin, quedó un hueco suficiente para permitir el paso de una persona. Luego...

Con los ojos desorbitados de terror, Leonor Carmona vió aparecer de pronto una extraña figura de negro que, con un dedo a la altura de los labios, le hacía señas para que no gritara.

Aunque la advertencia era innecesaria. Leonor Carmona se encontraba tan asustada que aunque hubiera; querido no habría podido articular palabra. Su garganta no la obedecía. El terror la tenía paralizada.

Entretanto, el misterioso desconocido avanzó hacia ella. No hacía el menor ruido al andar. La muchacha pudo entonces darse cuenta de que iba completamente vestido de negro dejando únicamente visibles los ojos. De sus hombros pendía una larga capa también negra, aunque lo más extraordinario de su vestimenta era, sin duda, la rueda de estiletes que adornaba cada uno de sus brazos.

—No se asuste, señorita Leonor —oyó decir al misterioso visitante, deteniéndose a su lado—. Vengo a salvarla.

—¿Qui... quién es usted? —pudo por fin preguntar la muchacha, con un hilo de voz—. ¿Qué... va... a hacer conmigo?

—Repito que vengo a salvarla —respondió la figura de negro—. Me llamo Dongor y estoy aquí para ayudarla, ¡Confíe en mí!

Algo en el tono de aquellas palabras infundió confianza a Leonor. No hubiera podido decir por qué, pero un secreto instinto le decía que se trataba de un amigo.

—Está bien —se decidió al fin—Confiaré en usted. Si es verdad lo que dice, que Dios le bendiga. Si por el contrario, me engaña, caiga sobre su conciencia el crimen que comete. ¿Qué he de hacer?

—Simplemente guardar silencio. ¿Me permite? He de llevarla en brazos.

—En sus manos me pongo. ¡Que Dios nos ayude!

Leonor Carmona cerró los ojos al notar que unos brazos poderosos la

arrancaban con suavidad de la cama. Luego, cada vez más confiada, se limitó a dejarse llevar.

Quienquiera que fuese aquel desconocido, desde luego se movía con una agilidad y soltura maravillosas. Aunque completamente a oscuras, avanzaba sin producir el más leve ruido. Así atravesaron varias habitaciones hasta que, al cabo de unos cinco largos minutos, la muchacha notó que él se detenía.

La razón era que habían llegado a la última puerta. Era la que daba a la calle y, por lo tanto, la más difícil de atravesar. Un ligero ruido, el más insignificante tropiezo, lo estropearía todo.

Pero aquel obstáculo también fue vencido por Dongor. Segundos después, el aire de la mañana acariciaba el rostro de Leonor Carmona. ¡Por fin estaba en libertad!

Fue a abrir la boca para dar las gracias a su misterioso salvador, pero éste, adivinando sus pensamientos, le indicó con un gesto que siguiera callada.

Habían llegado a la esquina del Paseo de Ezequiel Cabrera, frente a un coche parado junto a la acera.

Lo temprano de la hora hacía que no se viera ni un alma por aquellos lugares. Pero así y todo Dongor se dio buena prisa en actuar. Depositó el cuerpo de la joven en el asiento trasero y, a continuación, colocándose él al volante, arrancó a gran velocidad.

Ya amanecía cuando el coche se detuvo delante del número 132 de la calle Catamarca. Desde su sitio, Leonor Carmona vio cómo su misterioso salvador se apeaba del coche.

—Espere aquí un momento, señorita. Enseguida vuelvo.

Luego, antes de que ella pudiera contestar, el encapuchado se acercó a la fachada de la casa. Y agrandados los ojos por el asombro, vio cómo trepaba por los soportes de un anuncio pegado a la pared. A continuación, con la impresión de estar presenciando el vuelo de un gigantesco murciélago, Leonor Carmona le vio desaparecer por un balcón.

Sin embargo, su sorpresa hubiera sido aún mayor de haber podido presenciar lo que sucedía en la habitación donde el desconocido acababa de entrar.

La señora de Fragueiro dormía tranquilamente cuando, entre sueños, oyó que la llamaban.

—Señora de Fragueiro —dijo una voz, procedente de los pies de su cama.

—¿Quién anda ahí? —preguntó ella resuelta, incorporándose en el lecho y encendiendo la luz. Luego, al reconocer quién era el que venía a importunarla, exclamó: — ¡Cómo! ¿Otra vez usted? ¿Pero es que me ha tomado por...?

—Perdón, señora —le interrumpió Dongor—. Le aseguro que no pensaba volver a molestarla, pero no he tenido más remedio... ¿Está enterada del rapto de Leonor Carmona?

Sorprendida a más no poder, la mujer respondió:

—Claro que lo estoy. Don Marcos me lo dijo esta tarde. Pero, ¿qué tiene eso que ver con...?

—Por favor, señora, no me interrumpa — le cortó de nuevo el enmascarado—. Se está haciendo de día y he de volver a mí escondite. Dígame: ¿puedo contar con su ayuda?

—Eso no se pregunta. ¿Qué quiere que haga?

—Muy sencillo. Leonor Carmona espera a la puerta de su casa metida en un coche. Necesito de usted que la tenga aquí durante unos días. Pero nadie ha de saberlo. ¡Ni los criados siquiera! Del general ya me encargaré yo. Ahora baje al portal a recibirla a ella.

Cinco minutos después de haber desaparecido, Dongor se presentaba de nuevo junto al coche donde había dejado a Leonor Carmona.

—¡Pronto, señorita!—apremió, abriendo la portezuela—. La señora Fragueiro la espera en aquel portal. Atraviese la acera corriendo, y vaya a su encuentro sin preocuparse de nada más.

Obedeció Leonor Carmona y segundos después se encontraba en brazos de la viuda de Fragueiro. Casi al mismo tiempo, a sus oídos llegó el ruido que hacía un auto al alejarse. Era el mismo en que había venido ella con Dongor.

Las dos mujeres le vieron desaparecer, al doblar la esquina de la calle Rivadavia.

Capítulo XI

EMPIEZA LA INTRIGA

Desde la desaparición de su hija, el General Carmona vivía en continua angustia. Llevaba casi veinte horas buscándola, pero todo inútil. Todos sus esfuerzos resultaron inútiles. Tanto a su hija como a Cobaleda parecía habérselos tragado la tierra.

Era ya muy entrada la noche cuando, desanimado por completo, regresó a casa. Sin apetito para cenar despidió a su fiel sirviente y se encerró en el despacho. Estaba decidido a encontrar una solución que resolviera aquel problema que le embargaba, aunque para ello fuera preciso remover todo Córdoba. Sin embargo, transcurrió toda la noche sin conseguir otra cosa que acabar con sus pocas energías. Rendido por el cansancio y el sueño, se quedó dormido sobre la mesa poco antes de amanecer.

Pero no llevaría así ni media hora, cuando sobre su hombro, percibió el contacto de una mano enguantada que le zarandeaba con suavidad.

Soñoliento levantó la cabeza para mirar al que así venía a despertarle. Y al momento...

Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios al descubrir ante él lo que menos esperaba. Se trataba de un hombre cubierto por una malla de color negro con tan sólo dos orificios en la capucha que le cubría la cabeza, para permitir que asomaran por ellos dos ojos, de mirar penetrante.

Una capa también negra le caía por detrás de los hombros hasta casi rozar el suelo. Pero lo más extraordinario de todo era la serie de afilados estiletes que, a modo de corona, rodeaba cada uno de sus antebrazos.

—Preste atención, general —oyó que decía el desconocido—. Dispongo de poco tiempo y no puedo extenderme en explicaciones. He Venido a decirle que no se preocupe más por su hija. Se encuentra ya a salvo.

La mención de su hija pareció devolver al militar toda su entereza.

—¡Cómo! —exclamó, olvidándose de la sorpresa que le causara la visita de aquel extraño emisario—. ¿Que mi hija está a salvo? ¿Dónde? ¿Por qué no la han traído aquí entonces?

—Cálmese, general. Todo tiene su explicación. Escuche: su hija se encuentra con la señora de Fragueiro. Podrá usted ir a verla, naturalmente, pero dando la sensación de que sólo va de visita. Ni siquiera los criados deben saber que su hija se encuentra allí. Cuando la haya visto, regresará de nuevo aquí aparentando que sigue preocupado por su desaparición. Nadie ha de conocer la verdad, hasta que yo haya conseguido ahuyentar a ese Cobaleda... ¡Ah! Si le parece puede llevar a su futuro yerno con usted. Pero

recomiéndele discreción. ¿Ha entendido bien?

—Perfectamente, señor. Y si es verdad lo que me acaba de decir, sepa usted que me ha salvado el honor y la vida. Permítame una pregunta: ¿Puedo saber quién es usted y por qué me ayuda de esta forma?

—Me llamo Dongor y no me gusta que atropellen a nadie —fue la respuesta que obtuvo—. Una última advertencia: Espere a que sea bien de día para hacer esa visita. Llamaría la atención si madrugase demasiado. ¡Buena suerte, general!

El enmascarado desapareció por la puerta que daba a la escalera y el general volvió a quedarse solo.

Pero ahora la alegría inundaba su corazón.

Una hora después, cuando el sol empezaba a alumbrar con sus rayos el despertar de la tranquila ciudad, el —General Carmona salía de su casa para dirigirse en busca de Fernando Mendoza. Y otra hora más tarde, los dos juntos ya, se presentaban en el domicilio de la señora de Fragueiro.

Avisada la dueña de la casa no tardó en recibirles.

—Buenos días, general. Buenos días, Fernando —saludó—. Tengan la bondad de seguirme.

Los dos hombres echaron a andar detrás de la dama. Después de subir una escalera y atravesar otra habitación, la señora de Fragueiro abrió una puerta que se veía al fondo.

—Pasen ustedes —invitó—. Les espera una alegría.

Segundos después, el General Carmona recibía entre sus brazos a la hija que ya daba por perdida.

—¡Hija! ¡Pequeña!—pronunció el anciano, apretándola contra su pecho—. ¿Te encuentras bien? ¿No te han hecho ningún daño?

—No, papá. Dongor me salvó a tiempo. Gracias a él puedo verte de nuevo... ¡Hola, Fernando! —se dirigió ahora a su prometido—. ¿Es que no vas a felicitarme por haber podido escapar?

—Naturalmente, querida. Esperaba a que terminaras con tu padre. Con la alegría de verte se ha olvidado de que yo estaba aquí.

—Tienes razón, hijo mío —respondió el general, empujando a Leonor hacia su prometido—. Reconozco que soy un egoísta. Olvidaba que vosotros sois jóvenes.

En aquel momento intervino la señora de Fragueiro.

—Perdonen que me meta en la conversación, pero creo que lo más importante ahora es ponernos de acuerdo en lo que hemos de hacer. Dígame, general: ¿qué le parece la idea de Dongor de dejar a Leonor conmigo sin que nadie lo sepa?

—Me parece la más acertada. La echaré de menos los días que tenga que estar separado de ella. Pero lo importante es que esté a salvo. Al menos, ahora no tendré que temer mientras consigo capturar a ese

Cobaleda.

Al oír las últimas palabras, Leonor Carmona saltó al cuello del anciano, mientras imploraba:

—¡No, por Dios! ¡No hagas eso, papá! Si intentas algo contra él, te matará. Me amenazó con tu muerte si no me casaba con él. Y con lo furioso que estará, si te encuentra es capaz de hacerlo.

Fernando de Mendoza se acercó a padre e hija.

—No hagas caso de sus amenazas, tontuela. Lo que te dijo fue tan sólo para asustarte. ¿Te figuras que se mata a un hombre así como así? Lo más fácil es que esté escondido entre sus amigos los maleantes. Sabes muy bien que la Policía le está buscando desde ayer.

Poco después, siguiendo los consejos recibidos de Dongor, la señora de Fragueiro hacía salir al general y a Fernando de Mendoza de su casa, no sin antes advertirles:

—Recuerden que no deben venir muy a menudo.

Capítulo XII

LA SORPRESA DE LARMON

Olga Flanagan acababa de despertarse cuando su esposo entró en la habitación.

—Buenos días, pequeña —saludó Javier, inclinándose sobre ella y besándola en los labios—. ¿Me puedes conceder unos minutos?

—¿A qué tanto misterio, Javier? —se extrañó Olga—. Veamos: ¿qué es lo que deseas?

—Pues contarte una de las andanzas de Dongor. Claro que si no te interesa...

Al oír el nombre de Dongor, Olga pegó un salto en la cama y se acercó más a su esposo.

—Conque era eso, ¿eh? Dongor volvió a salir anoche y, si no me equivoco, la hija del general está ya a salvo. Bien. Habla de una vez. ¿No querías contármelo?

Sonriendo, Javier la atrajo hacia sí rodeándole el cuello con un brazo mientras declaraba:

—Casi lo has dicho ya todo tú, muñeca. Efectivamente, la hija del general fue salvada anoche por Dongor. Pero no está en su casa, sino con la viuda de Fragueiro. Permanecerá allí hasta que Dongor haya convencido a ese Cobaleda que la raptó, de lo prudente que será para él dejarla en paz.

—No conozco a Cobaleda, Javier —respondió ella, preocupada—, pero me da el corazón que vas a meterte en un lío.

No lo creas, cariño. La cosa tiene menos importancia de la que parece. El único inconveniente con el que tropiezo es que desconozco la ciudad y pierdo mucho tiempo buscando. ¡Si al menos tuviera alguien de aquí que me pudiera ayudar!

Al oír aquellas palabras, pronunciadas casi en un susurro, Olga levantó la cabeza para insinuar:

—¿Por qué no recurres a Larmon? Nadie mejor que él podría ayudarte.

—En él estaba pensando precisamente, cariño. Pero, ¿crees que conoce bien la población?

—Quizá. En tres meses ha tenido tiempo de sobra para recorrerla. Además se codea con la mejor sociedad. Lo que no supiera podría preguntarlo. El no despertaría sospechas.

Javier Flanagan abrazó a su esposa y de un salto se puso en pie.

—Me has convencido, pequeña. Aprovecharé que ahora está en sus habitaciones para darle una sorpresa. Tú espéranos en el comedor. ¿De acuerdo?

Sin esperar respuesta, Javier se dirigió a su dormitorio. Minutos después volvía a presentarse ante su mujer, pero convertido ya en el majestuoso Dongor.

Olga no pudo disimular una mirada de admiración al verle aparecer en la puerta. La malla ceñida alrededor de su bien formado cuerpo de atleta hacía resaltar sus potentes músculos. Toda su figura irradiaba una extraña fuerza de energía y seguridad.

—Bueno, pequeña. Estoy seguro de que te gustaría ver la cara de sorpresa que pondrá nuestro amigo cuando sepa quién es Dongor. ¿Quieres que le diga que estoy casado? Si mal no recuerdo, piensa preguntármelo en cuanto me vea.

—Anda, anda —apremió ella empujándole hacia el pasillo—. Si no te das prisa te encontrarás con los criados.

Bajo la capucha que le cubría el rostro, Dongor soltó una pequeña carcajada. Luego, haciendo una seña de despedida con la mano, atravesó la puerta y desapareció.

* * *

Silbando alegremente ante el lavabo, Hans Larmon se hallaba con la cara enjabonada dispuesto a rasurarse. Sin saber por qué aquella mañana se sentía eufórico. Dejó de silbar y se acercó la «Gillete» a la cara. Y en aquel momento...

La puerta que había a su espalda empezó a abrirse lentamente. Reflejada en el espejo en que se estaba mirando, Hans Larmon vió de pronto la figura que menos esperaba ver aparecer.

—¡Dongor! —exclamó, entre sorprendido y alegre, volviéndose hacia la puerta.

—Buenos días, señor Larmon —respondió el encapuchado—. Quizá le extrañe que me presente a estas horas, pero se trata de algo que no admite demora. Necesito un colaborador y... a instancias de mí esposa le he elegido a usted.

—¡Cómo! —replicó Larmon, estupefacto—. Entonces, ¿es usted casado?

—Desde luego. ¿Por qué le llama tanto la atención?

—Pues... verá. Resulta que hace justamente dos días tuve una conversación con mis mejores amigos sobre ese particular. Pero dígame: ¿sabe su esposa que es usted Dongor?

—Nunca se lo he ocultado. ¿Es que usted no hubiera hecho lo mismo?

Larmon no salía de su asombro. Contra lo que él se había imaginado, había alguien que conocía la verdadera personalidad de Dongor. El misterioso encapuchado era casado. Su esposa conocía su doble personalidad. Y, sin embargo, nadie conocía a ninguno de los dos. De eso

estaba seguro.

Preguntó, cada vez más intrigado, y sin responder a la pregunta que le habían hecho:

—Naturalmente, señor Dongor, cuando sale usted de casa ella se quedará allí, ¿verdad?

—Nada de eso, amigo mío. Cuando yo salgo ella viene conmigo. Lo único que pasa es que trabajo solo. Al menos hasta la fecha — aclaró.

—Entonces, eso quiere decir que su esposa está en Córdoba.

—Desde hace cinco días — respondió Dongor, divertido.

—¿En algún hotel?

—No. En una casa particular. Tenemos muy buenos amigos, ¡Hasta hemos asistido a una fiesta!

—¿Ella ha ido con usted?

—Naturalmente. ¿Con quién mejor que con su esposo iba a ir?

—Me deja usted maravillado, señor Dongor. Sólo falta que me diga que yo he hablado con ella para terminar de asombrarme.

—Pues asómbrase —se burló Dongor, haciendo esfuerzos para contener la risa—. Ha hablado con nosotros. ¡Y más de dos veces!

La cara que puso Larmon al oír las últimas palabras hubiera hecho reír al más serio.

—¿No se estará burlando de mí? — preguntó, sin poder disimular su asombro.

—¿Por qué había de burlarme? Además, nos estamos apartando de la cuestión. Mi visita tiene por objeto saber si usted está decidido a prestarme su colaboración. Y a eso todavía no me ha contestado.

—Ni hace falta. Ya debía usted saber que me tiene siempre a su disposición.

—Le advierto que a veces resulta peligroso estar a mí lado.

—No intente asustarme. No lo conseguirá.

—Muy bien. Entonces ponga atención: En primer lugar procure ser prudente siempre. No hable de mí, como ha venido haciéndolo hasta ahora, si no es absolutamente necesario. Esto último es muy importante. ¿Lo recordará?

—Puede estar seguro. Pero dígame: ¿Cómo sabré cuándo me necesita? ¿Vendrá a verme cada vez?

—No será necesario. Estaremos siempre en contacto. Ya que es usted mi primer colaborador voy a permitirle que conozca mi verdadera personalidad.

Larmon fue a contestar, pero de pronto, cerró la boca y se quedó mudo.

—¿Le ocurre algo, señor Larmon? —indagó Dongor, al notar el silencio de él.

—Hablando con sinceridad, sí —respondió entonces el rubio Larmon

—. Acabo de darme cuenta del tremendo apuro en que me voy a meter. Como usted sabe —explicó—, yo tengo dos amigos a los que considero más bien como hermanos. Se trata de Javier Flanagan y su esposa, usted ya los conoce. Pues bien. Le confieso que su proposición me llena de alegría. Pero cuando pienso que he de tener secretos con ellos... ¡Lo siento de veras, señor Dongor! ¡Pero no podría engañarlos!

Ahora fue Dongor el que guardó silencio. Las palabras de Larmon le habían emocionado.

—En ese caso —dijo disimulando como pudo su turbación—, le diré más tarde cómo solucionar su problema. De momento existe algo más importante. ¿Está usted seguro de que yo soy el verdadero Dongor?

Larmon parpadeó sorprendido, ante la inesperada pregunta.

—No tengo la menor duda —afirmó al fin—, Le he visto muchas veces para que otro que no fuera usted pudiera engañarme. Además, tenga en cuenta que también he oído su voz en otras ocasiones.

—La voz se puede fingir con facilidad. Ahora mismo yo la estoy desfigurando.

—Desde luego. Pero sigue siendo la misma que la que oímos mis amigos y yo siempre.

—De acuerdo, no discutamos por eso. De todas formas, quiero hacerle una prueba para que no le quede la menor duda. Aun así, cuando sepa quién soy le costará trabajo creerlo.

Y antes de que Larmon pudiera objetar nada, el encapuchado señaló al espejo colocado en la pared, donde poco antes él se estaba mirando.

Instintivamente, Larmon giró la cabeza para mirar a donde le indicaban. No vió, por tanto, el rapidísimo movimiento que el encapuchado hizo con los brazos. Pero en cambio sí que oyó con toda claridad el cortante silbido de los cuchillos que rasgaban el aire. Y casi al mismo tiempo...

Ante los asombrados ojos de Larmon, el espejo apareció de pronto completamente silueteado. Los doce cuchillos que adornaban un segundo antes los brazos de Dongor, se habían clavado en el marco del espejo, bordeándolo simétricamente.

Nadie que no fuera un prodigio en aquella clase de lanzamiento de armas, hubiera podido hacer una cosa semejante con la limpieza y rapidez que lo había hecho el encapuchado.

—¿Está ya completamente seguro de que yo soy Dongor? — oyó Larmon que le preguntaban.

—Nunca lo he dudado. Lo supe en cuanto le vi aparecer.

—Repito que no lo he hecho por gusto. Era necesario demostrárselo antes de decirle mi verdadero nombre. Mejor dicho. Nombraré a mí esposa y automáticamente conocerá el mío. ¿Está preparado para recibir una sorpresa?

—Llevo ya tantas que una más no me causará impresión.

—No esté tan seguro. Escuche: Mi esposa se llama... Olga Draganovich.

Hans Larmon creyó no haber entendido bien. Pero cuando Dongor se quitó la capucha dejando el rostro al descubierto, un grito de sorpresa se escapó de sus labios. Por un momento tuvo que apoyarse en el lavabo, temblorosas las piernas, mientras balbucía:

—¡Tú! ¡Javier! ¿Tú eres Dongor?

—Sí, yo. Recuerda que ya te advertí que te costaría trabajo creerlo.

—Y así es, en efecto. ¡Ahora comprendo por qué te empeñaste en demostrármelo! Es decir, comprendo muchas cosas.

Capítulo XIII

¡HA SIDO COBALEDA!

—Y ahora que está todo aclarado, empecemos a trabajar.

El que hablaba era Javier Flanagan. El, su esposa y Larmon se encontraban reunidos en el comedor, aunque ya hacía rato que habían terminado de comer.

—Tú, Larmon — siguió diciendo Javier—, encárgate de lo que te he dicho. Procura hacerlo rápido y, sobre todo, comunícamelo enseguida. Tú, Olga, ya sabes también lo que tienes que hacer. Entretanto yo descansaré unas horas. No he parado durante toda la noche y estoy que me caigo de sueño. Que me llame el primero que llegue. ¿Entendidos?

—Entendidos — respondió Olga—. Ya puedes irte a la cama.

Pero estaba visto que aquel día tampoco podría

Javier descansar. Apenas llevaba una hora acostado, cuando unos golpes en la puerta le hicieron pegar un salto en el lecho.

—¡Javier! —jadeó Larmon, apenas abrió él la puerta—. Ha ocurrido algo horrible. ¡Han asesinado al general!

—¡Cómo! — se extrañó Javier, sin poder dar crédito a lo que oía.

—Lo que oyes. Lo encontraron muerto en su despacho. Cobaleda ha sido detenido ya. Le cogieron cuando intentaba escapar de la casa del general.

Javier Flanagan se sentó sobre la cama y durante unos segundos permaneció pensativo.

—No lo entiendo, Larmon — declaró al fin, como preocupado—. Dime: ¿cuándo se descubrió el crimen?

—Verás. Te lo explicaré todo desde el principio. Como me habías encargado, salí de aquí con dirección a la casa de don Marcos. Pero al llegar a la calle de San Martín vi que la gente se aglomeraba junto a la esquina de la calle Rivadavia. Extrañado me acerqué hasta allí y después de preguntar a un policía de los que rodeaban la casa del general, supe lo ocurrido. Por lo visto, el crimen se descubrió por casualidad. El sargento Diéguez capturó a Cobaleda cuando éste pretendía alejarse de la casa y al entrar para avisar al general de que ya habían atrapado al raptor de su hija fue cuando descubrieron el cadáver. Todo ocurrió hacia el mediodía. El sargento se iba hacia su casa cuando detuvo a Cobaleda.

—Vistas así las cosas, ¿cuál es tu opinión? — preguntó Javier, mientras encendía un cigarrillo.

—¿Mi opinión? Pero si está todo la mar de claro. Fíjate: Al darse cuenta de que su prisionera había huido, Cobaleda corrió a buscarla de

nuevo a su casa. Pero tropezó con el general y los dos se pusieron a discutir. Luego, ofuscado como estaba, no pudo contenerse y apuñaló al viejo.

El gesto que hizo Javier con la cabeza dio a entender que aquello no le convenía.

—Esperemos a que llegue Olga para que nos dé más detalles — declaró, mientras empezaba a vestirse.

Como contestando a sus palabras, la puerta se abrió y apareció su mujer. Los dos amigos corrieron a su encuentro.

—Hola, pequeña — habló Javier el primero—. No te molestes en decirme lo ocurrido al general. Larmon me lo acaba de comunicar. Me interesa más que me digas si cumpliste mi encargo.

—Pues claro. Siguiendo tus instrucciones me llegué hasta la casa de la señora de Fragueiro. Pero allí me dijeron que había salido media hora antes hacia el domicilio del General Carmona. Entonces fui a buscarla allí y, con la consiguiente sorpresa, me enteré del asesinato del general. También vi a la joven Leonor que por cierto padecía un ataque de nervios. No hace más que gritar: «Ha sido Cobaleda. Ha sido Cobaleda». Por lo visto, la amenazó con asesinar a su padre si no le aceptaba por esposo.

—Un momento—, la interrumpió Javier, de pronto—. ¿Dices que Cobaleda la había amenazado con matar a su padre?

—Así parece. Según la señora de Fragueiro, cuando ayer fue a visitarla el general, éste dio a entender su propósito de buscar al raptor de su hija. Entonces ella se precipitó en sus brazos mientras, llorando, le rogaba que no lo hiciera, pues Cobaleda la había amenazado con su muerte si se cruzaba con él. Por último se calmó un poco cuando su prometido, que había acompañado al general en su primera visita, le aseguró que no debía hacer mucho caso de sus amenazas.

Al terminar de hablar su esposa, Javier se quedó pensativo. Cuando ya creía tenerlo todo solucionado, he aquí que se complicaban de nuevo las cosas.

Capítulo XIV

DONGOR INDAGA

El inspector Juárez era un hombre de corta estatura, pero de complexión robusta. Bajo la mirada ingenua de sus ojos azules, pequeños y joviales, escondía un agudo sentido de observación que, en muchas ocasiones, le había servido para resolver favorablemente otros casos como el que ahora le habían encargado.

Hablaba con gracejo propio de los nativos del país, Sus modales, afables y cariñosos despertaban la confianza de cuantos le trataban. Y precisamente a esta facilidad de saber captarse las simpatías, atribuía él sus múltiples triunfos en el campo de la investigación criminal.

Repasando las notas y declaraciones tomadas por el sargento Diéguez en el caso que ahora ocupaba su atención, se encontraba aquella noche en su despacho del Departamento Central de Policía.

Vistas las pruebas presentadas contra Andrés Coba— leda, por primera vez en su vida de policía se encontraba ante un caso tan claro, que desde el primer momento lo consideró resuelto.

La declaración de la propia hija del general terminó de disipar sus dudas. El motivo del crimen estaba clarísimo. El criminal detenido. Todo se lo habían dado hecho.

Enfrascado en sus pensamientos no se dio cuenta de que una de las ventanas situadas a su derecha empezaba a abrirse poco a poco. Y cuando un minuto después levantó la cabeza, el inspector Juárez se encontró, frente a una extraña figura, toda vestida de negro, que le miraba fijamente desde el otro lado de la mesa.

El inspector parpadeó varias veces, al mismo tiempo que se restregaba los ojos, creyendo sufrir una alucinación. Lo que más le extrañaba y allí era donde se concentraba su vista, eran los brazos del desconocido, que ya no había duda se trataba de una persona real: Alrededor de ellos se veían una serie de afilados estiletes de los que la luz de la lámpara arrancaba plateados destellos.

Finalmente, el inspector pareció recuperarse de su sorpresa, y de modo instintivo fue a pulsar un timbro.

—No haga eso, inspector —oyó que le advertía el extraño individuo—. Le aseguro que no necesita ayuda. Sólo he venido a hacerle algunas preguntas.

—¿Preguntas? —se extrañó el policía, recobrando en un instante su aplomo—. Primero tendrá usted que contestar a las que yo le haga. Por ejemplo: ¿Cómo ha podido llegar hasta aquí sin que nadie le vea? ¿Quién

es usted para venir a hacerme preguntas?

Con voz reposada, respondió el encapuchado:

—Trataré de complacerle, inspector. No me han visto porque he entrado por la ventana. En cuanto a su segunda pregunta me limitaré a decirle mi nombre. Pero si para usted no tiene ningún significado se encontrará igual que al principio. Me llamo Dongor. No puedo darle más explicaciones.

—¡Dongor! —exclamó el policía, intentando recordar dónde había oído antes aquel nombre.

—Exacto, inspector. Pero no he venido a que hablemos de mí, sino a algo más importante.

—¿Se refiere usted al Dongor que resolvió el caso de los brillantes Orloff y Gran Mogol?² —inquirió el inspector, recordando, al fin, quién era su visitante.

—Sí, señor. El mismo. Y ahora vengo a intentar solucionar el caso Cobaleda. ¿Querrá usted ayudarme?

Sin esperar respuesta, el encapuchado se acercó a la puerta de entrada y cerró con llave.

—Es una simple precaución, inspector — declaró, mientras regresaba junto a la mesa—. Así no nos molestarán. Y ahora, respóndame con sinceridad: ¿Qué opina usted del asesinato del General Carmona? Según he oído ya han detenido ustedes al criminal, ¿no es cierto?

—Así es, señor Dongor — respondió Juárez—. Ha sido un caso muy fácil. Al autor del crimen se le capturó casi «in fraganti». Precisamente cuando se disponía a huir. Es el único caso en el que no he tenido ninguna complicación. Algo que, hablando con sinceridad, lamento de veras. Me hubiera gustado trabajar con usted.

—Perdone mi curiosidad, inspector. ¿Podría decirme a qué hora detuvieron al asesino? Creo haber oído que fue hacia el mediodía. ¿Sabe la hora exacta?

—Según el informe del sargento Diéguez a las 13:10.

—Y cuando entraron a ver al general, ¿quién fue el primero que le vió muerto?

—Su criado Sebastián. Al ir a anunciar a su señor la visita del sargento, le encontró caído en tierra en medio de un charco de sangre. Estaba muerto. Le habían apuñalado por la espalda con un cortapapeles en forma de daga que el general tenía siempre encima de su mesa.

—¿Encontraron alguna señal que hiciera pensar en una lucha?

—Ninguna en absoluto. Yo mismo investigué en el lugar del crimen antes de levantar el cadáver. La habitación estaba en el más perfecto orden.

—Pero — insistió el encapuchado—, ¿no encontraron ningún arma ni nada que hiciera suponer que el general amenazó a Cobaleda?

—Nada en absoluto. Ya le he dicho antes que todo estaba en orden. El general fue atacado antes de que pudiera defenderse. Lo único que me llamó la atención fue que en la mano del muerto se encontró un trozo de billete de Banco.

Rebuscó entre unos papeles y alargó algo al encapuchado.

—Este medio billete —explicó el inspector— forma parte del fajo que, por alguna razón que desconocemos, se encontraba manejando el general cuando Cobaleda le sorprendió. Al guardarlo en el cajón donde encontramos los otros debió ser atacado y, al caer, se rompió por la mitad, quedando este trozo en su mano.

—Entonces, ¿encontraron el resto del billete?

—Pues no. Es posible que se lo llevara Cobaleda y luego lo tirase.

Detrás del almófar que cubría el rostro de Dongor, éste esbozó una sonrisa que el policía no pudo ver. Luego indagó, cambiando de conversación:

—¿Tiene usted a mano el informe del forense? Me gustaría echarle un vistazo.

Por toda respuesta, Juárez separó un pliego de un legajo que tenía sobre la mesa y se lo alargó a su visitante.

Durante unos minutos, el encapuchado permaneció con la vista clavada en el papel. Cuidadosamente fue repasando el informe del doctor Lemos, forense del Departamento. Y por fin...

—Gracias, inspector —habló el encapuchado, devolviendo el documento que acababa de leer—. Efectivamente, todo está muy claro.

—¿Verdad que sí? Desde el primer momento llegué a la conclusión de que este caso me iba a dar poco trabajo.

—Prácticamente lo tiene usted resuelto, inspector —respondió Dongor, empezando a andar hacia la ventana por la que había entrado—. Aunque... todavía pueden ocurrir muchas cosas.

Pasó una pierna por el alféizar y, agitando una mano en señal de despedida, terminó:

—Buena suerte, inspector. No me despido, porque quizá nos volvamos a ver. Hasta la vista.

De un salto se dejó caer al exterior. Y cuando el policía se acercó a la ventana y se asomó por ella tratando de ver a su extraordinario visitante, lo único que vio fue el Jardín de la Explanada, iluminado débilmente por los faroles.

¡Dongor había desaparecido sin dejar rastro!

* * *

Sebastián, el criado de confianza del difunto General Carmona, dejó caer la bandeja que llevaba en la mano. El ruido que hizo al chocar contra

el suelo casi anuló el grito de terror que se escapó de sus labios.

Una extraña figura de negro acababa de presentarse ante él. Pero lo que le impresionó de tal modo que le dejó sin habla fue el adorno que el misterioso desconocido llevaba en los brazos. Contó hasta una docena de afilados estiletes que al menor movimiento despedían plateados destellos.

—No te asustes, Sebastián —le tranquilizó el encapuchado—. Sólo quiero hacerte unas preguntas. No temas.

Poco a poco, el anciano servidor del general fue recobrándose. No obstante, cuando pudo hablar, se notaba en su entrecortada voz el pánico que sentía.

—¿Qué... qué... quiere de mí, señor?

—Primero de todo saber cuándo viste por última vez a tu señor. Me refiero, claro está a cuando todavía estaba vivo.

El anciano sirviente obedeció la seña que le hacía él encapuchado y se sentó en un sillón cercano. Luego respondió:

—Creo que fue cuando vino con el señorito Fernando. Por cierto que me pareció bastante más alegre que el día anterior. Entraron en el despacho y allí permanecieron bastante rato. Cuando se marchó el señorito, yo me encontraba en las habitaciones de arriba. Oí perfectamente cómo se despedía del señor. Luego, él mismo cerró la puerta de la calle.

—¿Recuerdas la hora que era cuando llegaron?

—Sí, señor. Las diez y media. Justamente cuando les abrí la puerta, oí las campanas del Conservatorio que daban los dos cuartos.

—¡Magnífico! ¿Y qué fue lo que dijo el general cuándo se marchó el señorito Fernando? ¿Seguía tan contento?

—Lo ignoro, señor. Al general no le oí hablar. Sólo oí que el señorito Fernando se despedía diciéndole: «No se preocupe, general. Unos días más podré resistirlos sin verla. Hasta luego». Deduje que habían estado hablando de la señorita Leonor. Mi señor se encontraba como loco desde que la raptaron.

—Sigue, sigue. ¿Qué más oíste?

—Nada más, señor. La puerta se cerró detrás del señorito Fernando y ya no me preocupó de nada más. Seguí trabajando en mis cosas hasta que el sargento Diéguez pidió ser recibido por el general. Entonces... ¡pobre, señor!, entonces fue cuando le vi, con aquel cuchillo clavado en la espalda. Le habían apuñalado a traición.

Palmoreo el encapuchado en la espalda del viejo le ayudó a levantarse, mientras le decía:

—Has sido muy amable, Sebastián. Sólo me falta pedirte un último favor: Cuando veas a la señorita Leonor dile que Dongor no se ha olvidado de ella. Que pronto tendrá noticias más... Adiós, Sebastián.

Y antes de que el ya tranquilizado sirviente pudiera responder, el

misterioso Dongor desapareció detrás de unos cortinones.

Capítulo XV

DEMASIADO CLARO

Ensimismado en sus pensamientos, Javier Flanagan paseaba a grandes zancadas por la habitación, mientras su esposa y Hans Larmon le contemplaban en silencio. Sabían que cuando Javier se concentraba así era porque algo le preocupaba.

—No acierto a definirlo, pero desde luego en todo esto hay algo raro —le oyeron que decía de pronto. Luego, encarándose con su amigo, continuó —: Vamos a ver, Larmon: ¿Qué opinas tú del comportamiento de don Marcos? Si es tan amigo del jefe de policía, ¿por qué se ha excusado diciendo que no podía conseguirnos una entrevista con el inspector Juárez?

—¡Cualquiera sabe, Javier! A lo mejor lo tomó por un afán de curiosar. De todas formas, me extrañó mucho que no quisiera hacernos ese favor.

Javier Flanagan guardó silencio de nuevo. Durante otros cinco minutos no se oyó otro ruido en la habitación que el muy leve de sus pisadas en la alfombra. Finalmente, deteniéndose delante de su esposa, preguntó muy serio:

—Oye, Olga. Si mal no recuerdo, Larmon te entregó los dos billetes de la apuesta que ganó a don Marcos. ¿Te queda alguno?

—Me quedan los dos. Los guardé como recuerdo.

Mientras lo decía, Olga se levantó de su asiento y, acercándose a una mesita cercana donde se veía su bolso, sacó los dos billetes de él y se los entregó a su esposo.

Javier examinó los rosados billetes y al momento exclamó:

—¡Lo que suponía! Corresponde a la misma serie y el número es correlativo.

Reflejada en su rostro la curiosidad, Larmon se acercó a él para indagar:

—Explícate, Javier. No entendemos una palabra de lo que estás diciendo.

—Pues digo que el trozo de billete encontrado en la mano del general perteneció a don Marcos.

—Bien. ¿Y eso que tiene que ver? —respondió Larmon, sin dar importancia al descubrimiento—. Recuerda que antes de venir aquí pagó al general. No es de extrañar, pues, que fuera uno de los que él le entregó.

—Cierto. Pero lo extraño del caso no se refiere a esa coincidencia, sino a que no aparezca el otro trozo.

Me gustaría saber dónde fue a parar el resto del billete.

—¡Bah! ¿Acaso vas a sospechar de don Marcos? Está bien claro que ha

sido Cobaleda.

—Tú lo has dicho, Larmon. Precisamente es eso lo que me trae de cabeza. ¡Que está todo demasiado claro!

En aquel momento apareció un criado.

—Don Marcos Campillo desea ser recibido, señor— anunció, dirigiéndose a Larmon.

Los tres amigos se miraron entre sí, ligeramente sorprendidos. Finalmente, volviéndose hacia el sirviente, el dueño de la casa ordenó:

—Está bien, Andrés. Hazle pasar aquí.

Después, encarándose con su amigo, bromeó:

—Ya lo has oído, Javier. Aquí tienes a don Marcos, Ahora tienes la ocasión de que te explique por qué razón tenía el general uno de sus billetes en la mano.

Pero Javier no tuvo tiempo de contestar. Don Marcos Campillo acababa de aparecer en la puerta.

—Buenas tardes, señores —saludó—. Ante todo espero que sabrán perdonar esta nueva molestia. Pasaba por aquí en dirección a mí casa y he querido aprovechar para disculparme con el señor Larmon.

Se encaró directamente con el aludido y prosiguió:

—Sí, señor Larmon. Quiero presentarle mis excusas por el poco interés que demostré a la petición que me hizo ayer. Pero la verdad, estaba tan apesadumbrado por la muerte de mi buen amigo el General Carmona que ni siquiera me di cuenta de mí falta de cortesía.

—Olvídelo, don Marcos —respondió Larmon, invitándole con un gesto a que tomara asiento—. En cierto modo hizo usted muy bien. Al fin y al cabo, aunque lo que pretendíamos era ayudar a la justicia, todo se ha arreglado sin novedad. Ahora bien. Ya que está usted aquí, abusaremos una vez más de su amabilidad para hacerle una pregunta. Mi amigo el señor Flanagan se muere de curiosidad por saber...

—Se trata de esa costumbre de usted en pagar con billetes de quinientos pesos —intervino Javier, interrumpiendo a su amigo—. Si no es indiscreción me gustaría conocer la causa.

Don Marcos, que no esperaba aquella pregunta, tuvo un ligero sobresalto que no pasó inadvertido para Javier. Sin embargo, respondió con la mayor serenidad:

—¡Ah! ¿También lo han notado ustedes? Es una costumbre que adquirir hace mucho tiempo. Contarles la causa de esta manía nos llevaría mucho tiempo. Pero la verdad es que tienen ustedes razón. Siempre que saco dinero del Banco, exijo que me lo entreguen en billetes de quinientos pesos. Quizá será algo raro, pero nunca me pasó por la imaginación que llegaría a llamar la atención de alguien. Precisamente, el otro día el cajero del Banco me hizo la misma pregunta.

—A nosotros no nos hubiera chocado de no haberle visto hacer lo mismo en dos ocasiones seguidas. La noche de la apuesta en casa del general y el día en que vino a liquidar los mil pesos de ella a mí amigo. Por cierto, cuando pagó al general, ¿lo hizo también con billetes de a quinientos pesos?

—Naturalmente. Precisamente los acababa de sacar del Banco.

Javier Flanagan encendió un cigarrillo que sacó de una lujosa pitillera y preguntó, cambiando bruscamente de conversación:

—A propósito, don Marcos. ¿Recibió usted mi esquila? En ella le notificaba que habíamos tenido noticias de Dongor. Como habíamos quedado con usted que en el caso de saber algo de él se loificaríamos, por eso le escribí. Se la envié ayer al mediodía.

Don Marcos parpadeó, realmente sorprendido.

—Lo siento, señor Flanagan. Pero ésta es la primera noticia que tengo de que me hayan enviado una carta. Precisamente ayer no comí en casa. Estuve fuera hasta muy tarde. Pero de todas formas me extraña que Luis no me haya dicho nada.

—En realidad ya no tiene importancia. Es más. Por lo que usted dice podría ser que Andrés no la llevara siquiera. Se la di poco antes de recibir la noticia del asesinato del general y posiblemente olvidó el encargo. Y hablando del general, ¿a usted qué le parece, don Marcos? ¿Cree que condenarán a Cobaleda?

—Indudablemente, señor Flanagan. Su culpabilidad está tan clara que no tiene escape posible. De ésta sí que no se libra. Dentro de quince días se celebra el juicio. Y en todo Córdoba no hay ningún abogado que quiera encargarse de su defensa. Hablando con sinceridad, justo es reconocer que le está muy bien empleado lo que le ocurre. La vida que ese joven ha venido viviendo hasta ahora ya daba a entender como acabaría: En el patíbulo o encerrado para el resto de sus días.

Poco después se despedía don Marcos. Y de nuevo solos los tres amigos, Larmon se encaró con Javier.

—Y bien —empezó—. ¿Se puede saber a qué viene todo ese lío de la carta que según tú escribiste a don Marcos? ¿Qué le diremos si pregunta a su mayordomo y, como es natural, le dice que él no ha recibido ninguna esquila?

—No te preocupes por eso, amigo Larmon. Bastará con que te pongas de acuerdo con Andrés y todo arreglado. Si vuelve y saca a relucir lo de la esquila, le dices lo que yo le insinué. Que a Andrés se le olvidó llevarla. Lo interesante es que me he enterado de lo que quería. ¿A que tú no has sacado nada en limpio?

—¡Naturalmente! Ni yo ni nadie que te haya escuchado... ¿Qué dices tú, Olga? —se dirigió a la esposa de su amigo—, ¿Has entendido tú algo?

Olga Flanagan se levantó de donde estaba sentada y, acercándose a su esposo, respondió, iluminado su rostro por una pícara sonrisa:

—Lo siento, Larmon. Pero yo creo que sí he entendido lo que Javier pretendía aclarar—. Y al ver la cara de sorpresa que ponía Larmon, se apresuró a añadir—: Verás. La conclusión que yo he sacado es la de que don Marcos... no estaba en casa el día en que asesinaron al general.

—¡Magnífico!—exclamó Javier—. Ni más ni menos eso era lo que pretendía saber. Ahora sólo falta otro detalle muy importante, y es: ¿dónde estuvo don Marcos mientras asesinaban al general?



En sus manos me pongo ¡Dios nos ayude!

Capítulo XVI

¡YO LE MATE!

El juicio de Andrés Cobaleda, acusado de asesinato en la persona del general Carmona, tenía acaparada la atención de toda la ciudad.

Desde hacía quince días, los diarios y todas las conversaciones no tenían otro tema para discutir que el del crimen cometido por Cobaleda. Cada uno manifestaba su opinión completamente convencido de que era la más acertada.

Hubo alguno que llegó a decir que el criminal no era otra cosa que un héroe del amor, dispuesto a todo con tal de conseguir lo que tanto ansiaba. Otros le pintaban como un criminal empedernido. Un paria de la buena sociedad al que había que eliminar antes de que fuera demasiado tarde.

La mayoría era de esta última opinión. Y Cobaleda, ante la atmósfera que alrededor de él había levantado su supuesto delito y la poca simpatía de que gozaba en la población, se encontraba en una situación muy difícil de resolver. Había pocas, muy pocas probabilidades de salir con bien de ella.

Todos los defectos y rarezas de su persona, la aureola de mala fama que tenía, y en fin, todas las pasiones, desbordadas ante la impotencia del desdichado, salieron a relucir durante los días que transcurrieron desde el momento de su detención hasta aquel en que se celebraba la vista de la causa.

Córdoba entera esperaba su condena como si fuera algo propio que tuvieran mucho interés en conseguir. La ciudad en pleno estaba convencida de que sería así. Y, sin embargo, como si por anticipado no supieran el resultado, una muchedumbre de curiosos llenó las enormes salas del Palacio de Justicia. Eran los hambrientos de la emoción. Los que gozaban ensañándose en la contemplación denigrante de ver condenar a un hombre que por su posición muchos de ellos envidiaban.

Este era, a grandes rasgos, el ambiente que Cobaleda había creado con su proceder. Contra el que tenía que combatir, sin ayuda de nadie, para defender su vida.

Sentado en el banquillo de los acusados, con los ojos hundidos por el insomnio, pálidas las mejillas y deshechos los nervios, escuchó las declaraciones de los testigos.

Todos, sin excepción, habían ido acumulando pruebas de su culpabilidad, sin que él pudiera rebatirlas.

Pero de todas, ninguna le hizo sufrir tanto, ninguna le hirió tan hondo, como la declaración de la hija de la víctima.

Ella, la mujer amada, la musa de sus sueños por la que gustoso hubiera

dado su vida si con ello la ahorra unas lágrimas, fue la que con mayor saña le había acusado.

Sin hacer caso a nada de lo que le rodeaba sólo tenía ojos para mirarla. Su frente calenturienta parecía que iba a estallar. Pero seguía mirándola mientras con mayor intensidad que nunca, envidiaba al hombre que la acompañaba: aquél que había logrado su amor y que cuando él hubiera desaparecido, sería el dueño de aquélla felicidad a la que él había aspirado sin conseguirla.

Un campanillazo procedente de la mesa tras la que se sentaba el Presidente del Tribunal, le obligó a volver la cabeza en dirección al Jurado. El silencio más absoluto reinaba en la sala cuando el juez se levantó para leer el veredicto.

—¡Levántese el acusado! — ordenó el Presidente con voz potente.

Cobaleda se puso de pie, sintiendo que todas las miradas se concentraban en su rostro, como si no quisieran perder la reacción que la sentencia produciría en él.

Tan profundo era el silencio que hasta se hubiera podido oír el vuelo de una mosca. El Presidente, después de colocarse las gafas, mirar por encima de ellas al acusado y tomar la pose adecuada de severidad, se dispuso a leer, la sentencia. Pero en aquel momento...

Una voz vibrante y sonora que recorrió toda la sala, te interrumpió antes de que llegara a abrir la boca.

—¡Un momento, señor Presidente! — oyeron todos, con perfecta claridad.

La atención de la concurrencia se concentró en la ventana en la que de pie y mirando hacia el Jurado se veía una extraña figura de hombre, completamente vestido de negro.

Al silencio que reinaba poco antes siguió un murmullo de asombro que brotó de todas las gargantas. Murmullo que se convirtió en un grito de admiración cuando...

Desde donde se encontraba, la misteriosa figura de negro saltó al espacio. Durante unos segundos, dando la impresión de ser un enorme murciélago, vieron flotar en el aire la capa del desconocido. Después...

Asiéndose a la lámpara central que pendía del techo, el extraordinario individuo la hizo balancear de tal forma que, con un nuevo salto, fue a caer de pie, justamente delante del Jurado.

Casi al mismo tiempo, de entre la muchedumbre salió una voz de mujer que gritó:

—¡Dongor! ¡Es Dongor!

La voz pertenecía a la viuda de Fragueiro. Se encontraba en la sala acompañando a Leonor Carmona y a su prometido.

Entretanto, sin hacer caso a los dos policías que habían salido a su

encuentro, Dongor se dirigió al Presidente del Tribunal que, tan sorprendido como los demás, no sabía qué pensar de todo aquello.

—Señor Presidente —empezó a hablar el encapachado—. Tengo que decir varias cosas a este Tribunal, pero para ello es preciso que no me molesten. Le ruego que ordene a estos señores —y señaló a los dos policías—, que regresen a sus puestos. Aquí no hacen falta.

Antes de que el juez pudiera pronunciar una palabra, el inspector Juárez se presentó en el estrado. Hizo una seña a los policías ordenándoles que se apartaran y después, encarándose con el encapuchado, preguntó muy serio:

—¿Qué es lo que intenta, señor Dongor? ¿Acaso se figura que puede interrumpir un acto como éste sin sufrir las consecuencias? Sepa usted que...

No pudo continuar pues el Presidente, repuesto ya de la sorpresa recibida y escandalizado por aquella incorrección, dio un martillazo sobre la mesa.

—¡Inspector! —se dirigió al policía, con el ceño fruncido y alterado el semblante—. ¿Quiere explicarme qué ocurre aquí? ¿Quién es este hombre que se atreve a interrumpir una causa judicial vestido de máscara?

—Perdone su señoría —respondió el inspector mientras se adelantaba hacia el estrado—. No se trata de ninguna máscara, sino de Dongor. El mismo que descubrió al asesino del Conde Draganovich. Me refiero al famoso caso de los brillantes Orloff y Gran Mogol

Y antes de que el juez se recobrara de la impresión que le produjo saber quién era el intruso a quien había tratado de máscara, el inspector prosiguió:

—Con el permiso de este Tribunal me atrevo a afirmar que, cuando se ha presentado a estas horas y en tales circunstancias, es porque tendrá motivos sobrados para ello... ¿Me equivoco, señor Dongor?

—Nada de eso, inspector Juárez. Acierta usted en toda la línea. Pido perdón al Jurado por esta intromisión en sus derechos, pero motivos especiales que no admiten demora me obligan a ello. Si me lo permiten les demostraré que iban a condenar a un inocente.

Apenas había pronunciado las últimas palabras cuando en la sala se elevó un murmullo de sorpresa. El Presidente tuvo que llamar al orden varias veces antes de que se hiciera de nuevo el silencio.

Por su parte, el inspector Juárez daba la impresión de no haber oído bien. Y lo mismo que a él ocurrió al Presidente.

—¿Hemos entendido mal o ha dicho usted que íbamos a condenar a un inocente? —preguntó el magistrado, con un deje de ironía.

—Su Señoría ha oído perfectamente —respondió Dongor, con la mayor naturalidad—. Estoy aquí para demostrarlo.

Andrés Coboleda pareció despertar de su letargo. Sin apartar la vista de

su improvisado defensor seguía las incidencias de la conversación sin perder una sílaba.

La esperanza volvió a renacer en su corazón. Por primera vez en su vida, sus labios modularon una plegaria dando gracias a la Providencia por aquella inesperada ayuda.

Con él, toda la sala estaba pendiente de los labios del misterioso desconocido, sin atreverse a respirar por temor a no oír lo que se decía en el estrado.

—De acuerdo —se oyó decir al Presidente, siempre con su deje repleto de ironía—. ¿Qué pruebas trae usted para demostrarnos lo que dice?

—Antes de presentarles mis pruebas, permítame Su Señoría que empiece rebatiendo las acusaciones del señor fiscal.

Sin esperar a que el presidente diera su consentimiento, el encapuchado se dirigió al sorprendido fiscal.

—Dígame, señor fiscal. ¿A qué hora, según el doctor Lemos, forense del Departamento de policía, sobrevino la muerte de la víctima?

—Según el forense —respondió, clara y rotundamente el ministerio de la acusación—, la muerte debió llegar a la víctima entre las diez y las doce de la mañana.

—Perdone el señor fiscal. ¿No dice textualmente el informe que fue entre las diez y las doce... pero nunca más tarde?

Las últimas palabras, las pronunció Dongor con cierto énfasis. Para que todos lo notaran.

—En efecto —reconoció el fiscal—. El informe del forense así lo dice.

—Gracias. Ahora responda a otra pregunta: ¿Quiere decir a la sala a qué hora detuvo el sargento Diéguez al acusado?

—Sí, señor. A las 13,20 —contestó el fiscal, sin saber a dónde quería ir a parar su interlocutor.

—Perfectamente, señor letrado —se volvió Dongor hacia el Tribunal y prosiguió—: Señor Presidente, señores del Jurado: ¿Podrían decirme ustedes qué hizo el acusado desde que murió el general hasta que le detuvieron? Si a la víctima le sobrevino la muerte antes de las doce, ¿cómo se explica que detuvieran al asesino hora y media más tarde, y precisamente en el lugar del crimen? De haber sido él, ¿creen que habría permanecido tanto tiempo sin apartarse de allí? ¿Con qué objeto?

Un murmullo de apagadas voces recorrió toda la sala. El Presidente tuvo que poner orden de nuevo.

Restablecido el silencio, el encapuchado prosiguió:

—Todavía no he terminado, señores del Jurado. Aún tengo más preguntas que hacer. Por ejemplo: Si el acusado hubiera sido el asesino, ¿habría matado al general por la espalda? Lo más seguro es que entre los dos hubieran discutido. Todos sabemos que el general estaba encolerizado

y ofendido por el rapto de su hija. ¿Y creen ustedes que estando hablando con él iba a darle la espalda? Sí. Ya sé que alguno puede pensar que debió agredirle antes de que la víctima se diera cuenta. Pero, ¿cómo pudo hacerlo en ese caso? El despacho del general sólo tiene una puerta y una ventana, únicos sitios por donde se podía entrar en la habitación. Ahora bien. Suponiendo que el acusado hubiera entrado por la puerta, ¿cómo pudo llegar hasta la mesa, apoderarse del cortapapeles que sirvió de arma y clavárselo por la espalda? Reconozcan conmigo que eso es imposible.

Tras una pausa que aumentó el silencio impresionante de la sala, continuó Dongor:

—Supongamos ahora que el asesino hubiera entrado por la ventana. En este caso desde luego le hubiera resultado más fácil apoderarse del arma pero... ¿cómo se las arregló entonces para dar una vuelta alrededor de su víctima sin que ésta se diera cuenta, y atacarle por detrás? Supongo que todos recordarán que el cadáver se encontró precisamente delante de la mesa. Bien, pero es que además existe un pequeño detalle que la policía, engañada por la claridad aparente del caso, no tomó en consideración. Un detalle que constituye el primer error del asesino.

Hizo otra pausa que nadie se atrevió a interrumpir y siguió diciendo:

—En la mano de la víctima se encontró un trozo de billete. He dicho un trozo, o lo que es lo mismo, que nadie sabe ni se ha preocupado de buscar el otro pedazo. Resumiendo: ¡Iban ustedes a condenar a un inocente!

El juez que presidía la sala cambió una mirada con sus colegas para a continuación, encararse a Dongor:

—Reconocemos que su disertación demuestra que ha estudiado usted bien el caso, señor Dongor. Sin embargo, ese resumen final no sirve para convencer a este tribunal de la inculpabilidad del acusado. Será necesario que aporte más pruebas.

—Aportaré la más convincente —respondió, muy tranquilo, el encapuchado—. Voy a entregarles al verdadero culpable.

Contra lo que el Presidente esperaba, la sala permaneció en silencio. La expectación era enorme. Nadie se atrevía a respirar por temor a no oír lo que decía el encapuchado.

—¿Insinúa usted que el verdadero asesino del General Carmona se encuentra aquí, y que no es Andrés Cobaleda? —preguntó el Presidente, sin dar crédito a lo que acababa de oír.

—No insinúo, ilustrísima. Afirmando rotundamente.

Y sin esperar a más, Dongor se apartó de la mesa. Se dirigió a la sala y con la mayor seguridad se aproximó al banco donde se encontraban sentados la viuda de Fragueiro, don Marcos, Leonor Carmona y su prometido.

Después, con voz potente y señalando con un dedo, acusó:

—¿Usted es el asesino, Fernando de Mendoza!

Leonor Carmona emitió un grito y se desmayó en los brazos de la señora de Fragueiro. La sala se levantó en pleno para ver al nuevo acusado. Comentarios de asombro corrían de boca en boca.

Sin embargo no tardó en reinar de nuevo el silencio. Nadie quería perder un detalle de lo que iba a seguir.

Fernando de Mendoza conocía la fama de Dongor. De ahí que no intentara rebelarse. Poniendo una cara de candorosa sorpresa se levantó de su asiento y avanzó hacia el Jurado, que, ante aquel inesperado desenlace, se había quedado sin habla.

—Señor Presidente, señores del Jurado —empezó el de Mendoza, con aires de ofendido—. Les ruego no tomen en consideración las palabras de este hombre. ¿Cómo puede acusarme a mí de ser el asesino del padre de mí prometida? ¿Qué interés podía tener yo en matar a mí futuro suegro?

Antes de que pudiera continuar, Dongor se le puso delante.

—A esas preguntas responderé más tarde, señor de Mendoza. Antes quiero que diga al Tribunal para qué guardaba en su casa este trozo de billete.

Y de entre los pliegues de su capa, el encapuchado sacó medio billete de a quinientos pesos que enseñó en el aire.

Fernando de Mendoza palideció súbitamente, mientras con gesto instintivo hacía intención de apoderarse de él. Pero Dongor lo puso fuera de su alcance, colocándolo encima de la mesa del Juez, al mismo tiempo que decía:

—Ruego a Su Señoría tenga la bondad de comprobar si ese medio billete corresponde a la mitad que falta en el que se encontró en la mano del muerto. —Se volvió a continuación hacia el a todas luces desconcertado Fernando de Mendoza, y agregó—: Y ahora, señor de Mendoza, voy a probar que es usted el asesino del general.

—¿Usted no puede probar nada! —chilló el otro, descompuesto por la ira—. No tiene pruebas para ello.

—Eso ya lo veremos —replicó el encapuchado, sin hacer caso a sus palabras—. De momento escuche: Usted sabía que Cobaleda había amenazado de muerte al general, aunque sabía también que con esa amenaza sólo pretendía asustar a la señorita Leonor. Se lo oyó decir a ella misma cuando fueron a verla a casa de la señora de Fragueiro. Después, al salir de allí, usted acompañó al general hasta su casa y entraron en el despacho. Sebastián, el mayordomo, les abrió la puerta. Entonces fue cuando usted decidió llevar a cabo la venganza que venía proyectando desde hace muchos años. Seguro de que si moría el general todas las sospechas recaerían sobre Cobaleda, no quiso desperdiciar aquella ocasión que se le presentaba.

Sin tomarse el menor descanso, Dongor prosiguió:

—Guando entraron en el despacho, el general le enseñó unos billetes. Los mismos que había recibido unos días antes de manos de don Marcos Campillo como pago a una apuesta que habían cruzado entre ellos. Se los enseñó para convencerle de que era verdad lo de la aventura que don Marcos había corrido y que el general le debió contar por el camino. Pero al ir a meterlos en el cajón de la mesa, como los dos se encontraban en la parte de afuera, tuvo que inclinarse sobre ella. Fue entonces cuando usted se apoderó de la daga que servía de cortapapeles, y antes de que pudiera darse cuenta de nada se la clavó en la espalda. Su víctima cayó al suelo sin exhalar un gemido. Había acertado bien y murió en el acto. Pero al verle en el suelo tuvo miedo. Miedo que se acentuó cuando, al mirarle las manos, descubrió que todavía sostenía los billetes que le había estado enseñando. Entonces, para eliminar la idea de que pensarán en un robo como móvil del crimen (usted sabía que de ser así no se sospecharía de Cobaleda), se lo arrancó de las manos. Pero no se dio cuenta, hasta que ya era demasiado tarde, de que entre los dedos del muerto se quedó la mitad de uno de los billetes. Luego, aparentando una serenidad que no tenía, salió del despacho. Y para hacer creer que se despedía del general si algún criado le oía, dijo usted unas palabras en voz alta. Aquí fue donde cometió el segundo error, señor de Mendoza. Ya he dicho antes que el primero fue el quitar los billetes de la mano del muerto. De no haber sido por este detalle, quizá no hubiera sospechado que había algo raro.

Todos los asistentes escuchaban con verdadera atención. Notaban palpablemente que a medida que el encapuchado avanzaba en su relato, la nerviosidad de Fernando de Mendoza iba en aumento.

—Usted no podía figurarse —siguió diciendo Dongor—, cuando se le ocurrió la estratagema de la despedida simulada, que Sebastián le estaba escuchando desde las habitaciones del primer piso. Y, ¿sabe por qué Sebastián no oyó la contestación de su señor? Muy sencillo. Porque cuando usted salió de la casa, el general ya estaba muerto.

El silencio más absoluto siguió a las palabras del encapuchado. Tanto el público que llenaba la sala como los miembros del Jurado, no se atrevían a interrumpir a Dongor.

Por su parte, Fernando de Mendoza presentaba la lividez propia del que irremisiblemente se sabe al descubierto. Con los ojos desorbitados de terror, miraba a su acusador que, con la mayor naturalidad, concluyó:

—Creo haber probado bien que fue usted quien mató al general, Fernando de Mendoza. Tan sólo me falta explicar el motivo del crimen. Y aquí tengo unas cartas y un trozo de Diario pertenecientes a una persona que usted quería mucho. ¿Quiere que lo explique yo o prefiere hacerlo usted?

Al ver los papeles que el encapuchado mostraba ahora en su mano, Fernando de Mendoza no pudo resistir por más tiempo. Como una fiera se abalanzó hacia ellos, sin tener en cuenta con quién debía vérselas antes.

Un movimiento brusco del brazo de Dongor le hizo caer al suelo. Luego, tomándole por debajo de los sobacos y obligándole a mirar al Jurado, el encapuchado apremió:

—¡Pronto! ¡Confiese que fue usted quien mató al General o daré al Jurado estos papeles!

Ante lo inevitable, Fernando de Mendoza dejó de resistir.

—Está bien —jadeó—. No es necesario que nadie lea esos papeles. Efectivamente, cuanto acaba de decir es cierto. ¡Yo maté al General!

Capítulo XVII

AMOR QUE NACE

Leonor Carmona se encontraba en sus habitaciones acompañada de la viuda de Fragueiro. Habían transcurrido diez días desde la celebración del extraordinario juicio en el que, gracias a la intervención de Dongor, había podido ser descubierto el verdadero asesino del General, con la consiguiente absolución de Andrés Cobaleda.

Para la muchacha, al dolor que sintió por la muerte de su padre había seguido el cruel desengaño que le produjo la burla de que había sido objeto al depositar su amor en quien no supo corresponderle más que con el odio a su familia y a su persona.

Durante una semana había estado entre la vida y la muerte. Pero gracias a los cuidados de la señora de Fragueiro, Dorotea y Sebastián, su naturaleza joven y sana había conseguido vencer la crisis.

Tan sólo hacía dos días que se levantaba. Recostada en una butaca se pasaba las horas con la mirada perdida en el infinito. Sin que por más esfuerzos que hicieran los que la rodeaban, consiguiesen distraerla o hacer desaparecer, siquiera por un momento, la tristeza que llevaba retratada en sus bellos ojos.

Aquella mañana, como de costumbre, la señora de Fragueiro se dispuso a darle su medicina. Y en aquel instante...

Una de las pesadas cortinas de la estancia se apartó a un lado y la conocida figura de Dongor apareció, ante ellas.

—Señorita Leonor —la voz del encapuchado sonó como un susurro—. ¡Señorita Leonor! —repitió, colocándose delante de ella.

Lentamente, como si volviera de un mundo distinto, la enferma dirigió la mirada hacia él. Permaneció unos segundos contemplándole en silencio, y de pronto, reconociéndole, se le escapó un sollozo de la garganta y rompió a llorar.

—¡Señor Dongor! ¡Señor Dongor! —exclamó, acongojada—. ¡Soy muy desgraciada! ¡Quisiera morirme para terminar de sufrir!

El encapuchado se arrodilló delante de ella.

—Por favor, señorita —le habló con dulzura—. Procure dominarse. Tiene mucho tiempo por delante y aún puede ser feliz.

—El señor Dongor tiene razón, Leonor —intervino la señora de Fragueiro—. Lo que tienes que hacer es olvidar lo ocurrido... ¡Debes tener confianza!

—¡No puede ser, no puede ser! ¿Cómo quieren ustedes que lo olvide? ¿Tan fácil les parece? ¡No podré nunca!

—¡Claro que podrá! —la animó Dongor, levantándole el rostro con una mano que colocó por debajo de la barbilla de ella y obligándola a mirarle a la cara—. ¿Recuerda lo que me dijo en cierta ocasión? Tengo su promesa de que siempre confiaría en mí. ¿O es que ha perdido su confianza?

La muchacha negó con la cabeza.

—Entonces, procure escucharme con atención. No me interrumpa hasta que termine. ¿De acuerdo?

Vió cómo ella asentía nuevamente con un gesto de cabeza y prosiguió:

—Muy bien. Escuche, pues: Desde hace cosa de un mes le han ocurrido varias desgracias que justifican su dolor. Entre ellas ocupa el primer lugar la muerte de su padre. Lo único que por más que quisiéramos no podríamos remediar. Por lo tanto, deje de aumentar su dolor permitiendo que su corazón se sienta atormentado, no por el engaño de que ha sido objeto, sino por la importancia que usted da a una cosa en la que ya no tiene que pensar.

El encapuchado hizo una pequeña pausa y continuó:

—Ahora que usted cree saber lo que sufre un corazón que ha entregado su cariño a una persona y ésta no le corresponde, sino que la engaña fingiéndole amor tan sólo por vengarse, es la mejor ocasión para hacerle comprender el sufrimiento del que, al igual que usted, se encuentra locamente enamorado. Recapacite un momento en mis palabras, señorita Leonor. ¿Verdad que ese hombre es también digno de compasión? Piense en la amargura de su corazón rebosante de ternura. En el cariño por el que sacrificó su libertad intentando, en su inconsciencia, lograr a la fuerza lo que deseaba conseguir con toda legalidad, aun al precio de su vida. Despreciado por todos, recorriendo los malos caminos que la incomprensión de los demás le hicieron llevar, sólo un sentimiento puro y noble se mantuvo limpio en su alma: el amor.

Ante un gesto de la que escuchaba, el encapuchado se apresuró a añadir:

—Sí. Es cierto que en algunos instantes pareció enturbiarlo con sus acciones, pero, ¿qué podía pedirle a un hombre al que todo se le negaba? Hoy, convencido de sus yerros, arrepentido de sus faltas y... con el corazón desgarrado de dolor, no por el que él siente, sino por el que sabe padece la mujer amada, se ha dado cuenta de lo equivocado del camino que seguía. Y con el firme propósito de hacerse digno de la estima de todos me encarga a mí que en su nombre y una vez más, la última, le ofrezca todo su cariño, que es mucho, y le pida perdón por cuanto por su culpa haya podido padecer. Piense en lo que acabo de decirle, señorita Leonor. Por mi parte, si mi consejo tiene algún valor para usted, sólo puedo decirle: un amor como ése bien merece el perdón.

El encapuchado dejó de hablar, mientras en Leonor Carmona, casi sin ella darse cuenta, empezaba a operarse un súbito cambio. Sus ojos

empezaron a animarse de esa extraña luz que refleja el alma cuando un consuelo nos anima devolviéndonos la paz que nunca esperábamos volver a tener.

Las palabras de Dongor habían quedado grabadas en su imaginación como letras de fuego. Algo extraño que no sabía definir la hacía sentir dentro, muy dentro, aquella llamada angustiosa de otro corazón que, como el suyo, estaba ansioso de cariño.

Así, recogida en absoluta concentración de todos sus sentidos, permaneció todavía unos minutos. Daba la impresión de que quería prolongar aquella dulce sensación que la devolvía a la vida.

El encapuchado y la señora de Fragueiro continuaban esperando.

—Escuche, señor Dongor —habló la muchacha, de pronto—. Lo que me acaba de decir, ¿es todo verdad?

—Absolutamente. ¿Acaso duda de mí? —respondió Dongor, contento de ver cómo ella reaccionaba.

—Perdón, señor. Pero, ¿es que me parece tan extraordinario todo!

—Pues tenga la seguridad de que es como le digo. De no estar convencido de ello jamás me habría prestado a hacer de intermediario.

Leonor Carmona se pasó una mano por la frente, como queriendo ahuyentar sus pensamientos. Luego exclamó:

—¡No lo comprendo, señor Dongor! Me parece imposible que después de cómo le he tratado pueda seguir queriéndome.

—La quiere más que nunca. Y estoy plenamente convencido de que si le tiende una mano demostrará al mundo lo que vale. Todo en él es energía. Sólo le falta que usted le ayude. Ninguna otra persona en el mundo podría hacerle cambiar su vida. Usted transformaría la negrura en que hasta ahora ha vivido en la más radiante felicidad. Dígame su respuesta, señorita Leonor. ¿Puedo darle una esperanza o prefiere que se hunda más en su desesperación?

—¡No, por Dios! —protestó, vivamente, la muchacha—. Como en el juicio, le ha defendido el mejor abogado que podía encontrar. El único capaz de hacer este milagro. Dígame que si cuanto por su mediación me ha dicho, es cierto, que... yo también necesito que me tiendan una mano. Y que puesto que la única que de veras me brindan es la suya, acataré la voluntad del Señor y pondré de mí parte toda mi voluntad para que mi corazón vuelva a latir de nuevo al impulso de otro cariño en el que nunca pensé.

Los ojos de Leonor Carmona demostraron de pronto algo parecido al terror. Acababa de ver cómo el encapuchado se dirigía hacia la puerta, y enseguida adivinó lo que aquello significaba.

—¡No! ¡No vaya ahora! —gritó, intentando retenerle—. No...

Pero Dongor ya había salido de la habitación.

Diez minutos después, el encapuchado volvió a aparecer. Leonor Carmona perdió el color al verle entrar.

—Señorita Leonor —empezó Dongor, acercándose a ella—. Deseche sus temores. Dentro de poco me agradecerá que casi la haya obligado a precipitar este encuentro. Ponga un poco de buena voluntad por su parte y le aseguro que pronto se considerará como la mujer más feliz de la tierra. En fin. La entrego a su adorador que está deseando postrarse a sus pies. Por favor, trátelo bien. Piense que se ha ganado a pulso un poco de cariño.

Se dirigió a la puerta y la abrió. Bajo el dintel apareció enmarcada la figura de Andrés Cobaleda, en cuyo rostro se advertían las huellas de los sufrimientos pasados. Su fisonomía presentaba ahora un aspecto más agradable que hasta dulcificaba su semblante.

Andrés Cobaleda se arrojó a los pies de su amada y le tomó una mano entre las suyas.

—¡Gracias, Leonor, gracias!

Intentó seguir postrado en la misma postura, pero la joven le hizo incorporarse, mientras con voz dulce manifestaba:

—Así, Andrés. De pie a mí lado. Creí que me iba a costar más trabajo poder mirarte sin rencor. Y sin embargo, no me explico la razón, pero siento algo en mi pecho que me hace verte muy distinto a como eras. No sé si será porque los dos somos desgraciados o porque Dios ha querido concederme el consuelo de poder olvidar tan pronto. Sea lo que sea, aquí tienes lo que tanto has deseado al alcance de tu mano. Si es verdad que me quieres como aseguras, demuéstramelo convirtiéndote en el hombre en quien yo siempre he soñado. Si lo haces, creeré en la verdad de tu amor y entonces... yo te ofreceré el mío que sólo a ti pertenecerá.

—¡Gracias, Leonor, gracias! —repitió Cobaleda, transportado de gozo—. Prometo hacerme digno de ti. Haré que pronto olvides lo pasado. Confía en mí que tanto te adoro y dime tan sólo una cosa: ¿Podrás tu alguna vez llegar a quererme?

La voz de ella sonó como un susurro.

—No sé si es ilusión mía o es un milagro del Cielo, Sólo sé que... empiezo a verte con agrado. De ti depende que no me arrepienta. Puedes dar las gracias a tu defensor. Él ha sido quien te ha conseguido cuanto querías.

Andrés Cobaleda volvió la cabeza y buscó al encapuchado. Pero no pudo demostrarle su agradecimiento. ¡Como siempre, terminada su misión, Dongor había desaparecido!

A su espalda, un naciente amor entre dos almas, era el premio que dejaba a sus sufrimientos.

Capítulo XVIII

EL FINAL DE LAS VACACIONES

El tren avanzaba vertiginosamente, dejando tras de sí kilómetros y kilómetros de una llanura interminable que se prolongaba hasta el horizonte.

En uno de los departamentos de primera clase, cómodamente instalados, los esposos Flanagan y su inseparable Hans Larmon se dirigían a Santa Fe, desde donde seguirían hasta Montevideo. Allí les esperaba el yate de los Flanagan para continuar su viaje de regreso a Nueva York.

Hacía ya varias horas que habían salido de Córdoba, pero hasta aquel momento sólo se habían preocupado de contemplar el paisaje. Fue después, a su regreso del coche-restaurante, cuando Larmon se dirigió a su amigo para decirle:

—Oye, Javier. ¿Por qué no nos cuentas ahora cómo te las arreglaste para descubrir el misterio del asesinato del general? Se nos haría el viaje más corto y de paso saciarías nuestra curiosidad... ¿Qué dices tú, Olga?

—Pues que has tenido una buena idea. Aunque la verdad, falta saber si mi maridito es tan complaciente que te haga caso.

Javier Flanagan dejó de mirar por la ventanilla.

—Conque falta saber si seré complaciente, ¿eh?

Muy bien. Os complaceré, a ver si así me dejáis tranquilo de una vez. Escuchad...

Olga y Larmon se acercaron más a él.

—Como recordaréis —empezó Javier—, cuando nos visitó don Marcos la última vez, pude sonsacarle que había pagado al general con billetes de a quinientos pesos y que el día del crimen no había estado en su casa. Antes de esto yo ya había hablado con el inspector Juárez y estaba enterado de que en la mano del muerto se encontró un trozo de billete, justamente de quinientos pesos. Al enseñármelo el inspector pude ver el número y la serie a que pertenecía. Quise comprobar si era uno de los que don Marcos le había dado y por el que pedí a Olga confirmé mis sospechas.

Tras una pausa para sacar un cigarrillo de una lujosa pitillera, prosiguió Javier:

—En realidad, este detalle sólo me interesaba por un motivo: Desde el primer momento me extrañó mucho que la policía no hubiera encontrado el otro trozo. Eso fue lo que me hizo sospechar que había algo raro que no encajaba en el asunto. Recordad que desde el primer momento me pareció todo demasiado claro. Al principio sospechó de don Marcos. Hasta que valiéndome de aquel pequeño embuste de la carta me dijo que aquel día no

había estado en su casa. Contra lo que tú —se dirigió a Larmon que le escuchaba con verdadero interés—, pudiste pensar, con aquello descartó enseguida a don Marcos. Si él hubiera sido el asesino, aquello no lo hubiese dicho nunca. Se habría delatado a sí mismo o por lo menos despertado sospechas.

Lanzó Javier una bocanada de humo y después prosiguió:

—También visité al criado del general y de sus palabras saqué en consecuencia que Fernando tenía algo que ver en el crimen. Cuando Sebastián me dijo que no había oído la despedida de su señor, a pesar de que le separaba tan poca distancia del despacho, empecé a sospechar de Fernando de Mendoza. Bajo mi disfraz de Dongor fui aquella misma noche a su casa. Durante cerca de una hora estuve buscando algo que me facilitara algún indicio y, por fin, cuando ya me daba por vencido descubrí un compartimiento secreto. Dentro de él encontré un rollo de papeles y encima de todo el pedazo de billete que faltaba al que apareció en la mano del muerto. En cuanto a los papeles no eran otra cosa que cartas del general dirigidas a la madre de Fernando y un Diario, también de su madre, que él continuaba.

Javier Flanagan hizo otra pausa para encender un nuevo cigarrillo. Luego, continuó, sonriendo tras las volutas de humo:

—Por lo que pude deducir de lo que leí, el general había estado enamorado de la madre de Fernando antes de que ésta se casara. Después debió de ocurrir algo. La madre de Fernando empezó a escribir un Diario en el que ponía algunas cosas refiriéndose a su marido y al General Carmena, que a su hijo le debieron parecer imperdonables. El caso fue que juró vengarse de los Carmona en cuanto tuviera ocasión de ello. En la continuación de ese Diario que él escribía, tenía planeado cómo llevaría a cabo su venganza. Primero se casaría con la hija del general, a la que había conseguido enamorar. Cuando fuera su esposa le comunicaría su odio y su desprecio. Pero después, al enterarse por ella misma de la amenaza de Cobaleda hacia su padre, decidió ampliar su venganza. Mataría al general para así aumentar el dolor de la hija, al igual que su padre había hecho con él. Decidido, pues, a llevar a cabo lo que se había propuesto, acompañó al general a su casa. Y en el primer descuido que tuvo, le clavó la daga que utilizó como arma.

Tras otra pausa que aumentó el interés de sus oyentes, Javier siguió diciendo:

—La explicación que di en el juicio fue tan sólo una suposición. Desde luego acerté por completo, pero para el caso hubiera sido lo mismo. Por lo visto, al despedirse el General de su hija, su agradecimiento a Dongor por haberla rescatado le instó a hablar de él, y se puso a contarle a su futuro yerno la visita que yo le había hecho, después de haber ganado la apuesta

que cruzó con don Marcos. El de Mendoza, no sé por qué motivos, debió de hacerse el incrédulo. Así es que para demostrárselo, el general le enseñó los billetes de a quinientos pesos que, como todo el mundo sabía, eran los que acostumbraba utilizar don Marcos. El error número uno lo cometió al guardar el trozo de billete que quitó de la mano del muerto, en vez de quemarlo. Claro que también hubiera sido igual, pues quedaba el Diario y la despedida simulada, que era casi una confesión escrita. Especialmente el Diario de su madre, que a él le interesaba que nadie lo leyera, fue lo que le obligó a confesar la verdad.

Hizo otra pausa para atraer hacia él a su esposa y terminó:

—Y eso es todo, señores curiosos. ¿Están ya satisfechos?

Larmon fue el encargado de responder. Y lo hizo sin poder ocultar su admiración.

—¡Eres un genio, Javier! —exclamó, con convicción. Y ante la risa alegre y jovial de los dos esposos, añadió, dirigiéndose a ella—: Puedes estar orgullosa de tu marido, Olga. Si buscas otro igual en el mundo, ¡apuesto mil contra uno a que no lo encuentras!

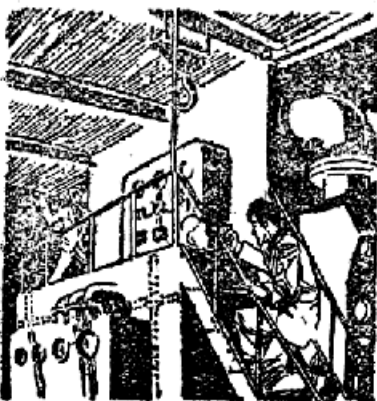
—En eso sí que tienes razón, amigo Larmon —habló Javier, mientras se inclinaba en busca de los labios que ella le ofrecía—. En el mundo entero no encontrará otro... que la quiera como yo.

F I N

Salem, la pequeña ciudad de Massachusetts, había de ser testigo de la más arriesgada acción de espionaje...

En los archivos del F.B.I. quedó registrado con el nombre de

OPERACION SILENCIO



Y este es el título que el famosísimo

SILVER KANE

ha dado a su última novela, donde, de forma magistral, narra la más audaz hazaña del contraespionaje moderno

OPERACION SILENCIO

Con la muerte de Dimitri, la cadena del espionaje soviético perdía un eslabón importante, ¡pero alguien conocía lo que el muerto había descubierto!

OPERACION SILENCIO

Un relato apasionante que la famosísima

COLECCION SERVICIO SECRETO

le ofrecerá la próxima semana

¡No olvide adquirirlo!

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

427 — Joe Sheridan
RIO SACRAMENTO

COLECCION "BUFALO"

124 — F. M. Dayne
ESTACION FURIA

COLECCION "CONGO"

13 — Alar Benet
LA DIOSA BLANCA

COLECCION "PANTERA"

61 — M. L. Estefanía
LA HERENCIA DEL
"COLT"

COL. "SERVICIO SECRETO"

291 — Rogers Kirby
ESTE ES EL CULPABLE

COLECCION "POPULAR"

LA RUEDA DE LA FOR-
TUNA

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

486 — Corín Tellado
YIRA

COLEC. "MADREPERLA"

382 — Marisol Sanabria
¿QUIEN ERES TUP?

COLECCION "ROSAURA"

326 — Josefina María Rivas
AMOR EN DOS TIEMPOS

COLECCION "AMAPOLA"

212 — María Pilar de Molina
¡DUENA MIA!

COLECCION "ALONDRA"

165 — G. Colomer
LA ADORABLE GAIL

COLECCION "CAMELIA"

106 — Carlos de Santander
CUANDO MUERE LA
ESPERANZA

COLECCION "ORQUIDEA"

76 — Sergio Duval
EL ULTIMO MENSAJE

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona « Hipólito Irigoyen, 645 - Buenos Aires

**UNITED ARTISTS
C. B. FILMS**

**EDITORIAL
BRUQUERA, S. A.**

TRES FIRMAS DE PRESTIGIO, UNIDAS

para ofrecer al público, una obra maestra en sus
versiones literaria y cinematográfica

NO SERAS UN EXTRAÑO

La novela que ha batido el record de ventas en
Estados Unidos, el pasado año y la película más
admirada de los últimos tiempos.

NO SERAS UN EXTRAÑO

La obra maestra de

MORTON THOMPSON

es un girón de la vida misma, reflejada con el
más completo y asombroso verismo.



**LUCAS Y
KRISTINA**

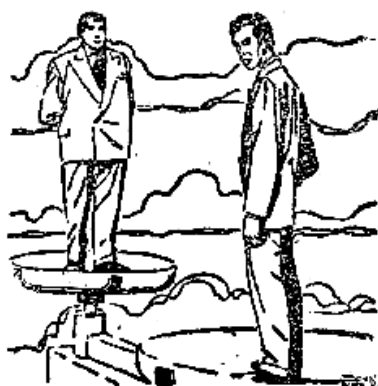
son su pareja protaga-
nista. Un matrimonio
unido en la profesión y
distanzado en sus sen-
timientos, para quienes
la felicidad era
desconocida



NO SERAS UN EXTRAÑO

¡Una novela que nadie puede dejar de leer!
DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

PRECIO: 100 PTS.



¿Sabía usted, amigo lector, que el buen funcionamiento de Las GLANDULAS INTERNAS dependen la inteligencia y el humor, el peso y estatura, la irritabilidad, la emoción y la salud en general?

¡He aquí un libro cuyo conocimiento puede ser de efectos decisivos para usted!

¿COMO ACTUAN SUS GLANDULAS INTERNAS?

A través de sus páginas, conocerá usted la influencia de las glándulas sobre las distintas funciones orgánicas y, además, hallará los siguientes artículos: **COMO PREVENIR LA ANGINA DE PECHO. — PARA COMBATIR EL NERVIOSISMO. — ¿SUFRE USTED DE LOS PIES? — LA NATACION Y LA GIMNASIA...** ¡Y otros muchos, de apasionante interés!

¿COMO ACTUAN SUS GLANDULAS INTERNAS?

Tal es el título de este volumen que no puede faltar en su biblioteca y que

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

publicará la próxima semana

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

**DE NO HALLARLO EN SU LOCALIDAD,
SOLICITELO A:**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



¡NO OBRE NUNCA AL AZAR!

*Asegúrese bien de las
posibilidades de éxito o
fracaso, antes de arries-
garse en una empresa*



Para ello debe usted adquirir el nuevo volumen de
la famosa

COLECCION POPULAR que lleva por título

LA RUEDA DE LA FORTUNA

En él se han previsto multitud de preguntas sobre
amor, viajes, negocios y aspectos de la vida cotidiana,
que le serán respondidos si consulta

LA RUEDA DE LA FORTUNA

No pierda, pues, esta ocasión y adquiera

LA RUEDA DE LA FORTUNA

Un nuevo título de la celebrísima

COLECCION POPULAR

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Robert Francis

N.º 219 El joven alférez de "El motín del Caine", fallecido últimamente a causa de un accidente de aviación, interpretó varios films, entre los que destacan, además del ya citado, el que lleva por título "Cuna de héroes"

Foto COLUMBIA FILMS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 ptas. Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3'50

Notas

[←1]

Véase ESTILETES VENGADORES, n.º 269 de esta misma Colección.

Véase «Estiletes vengadores», número. 269 de esta misma colección.